

SERVICIO SECRETO

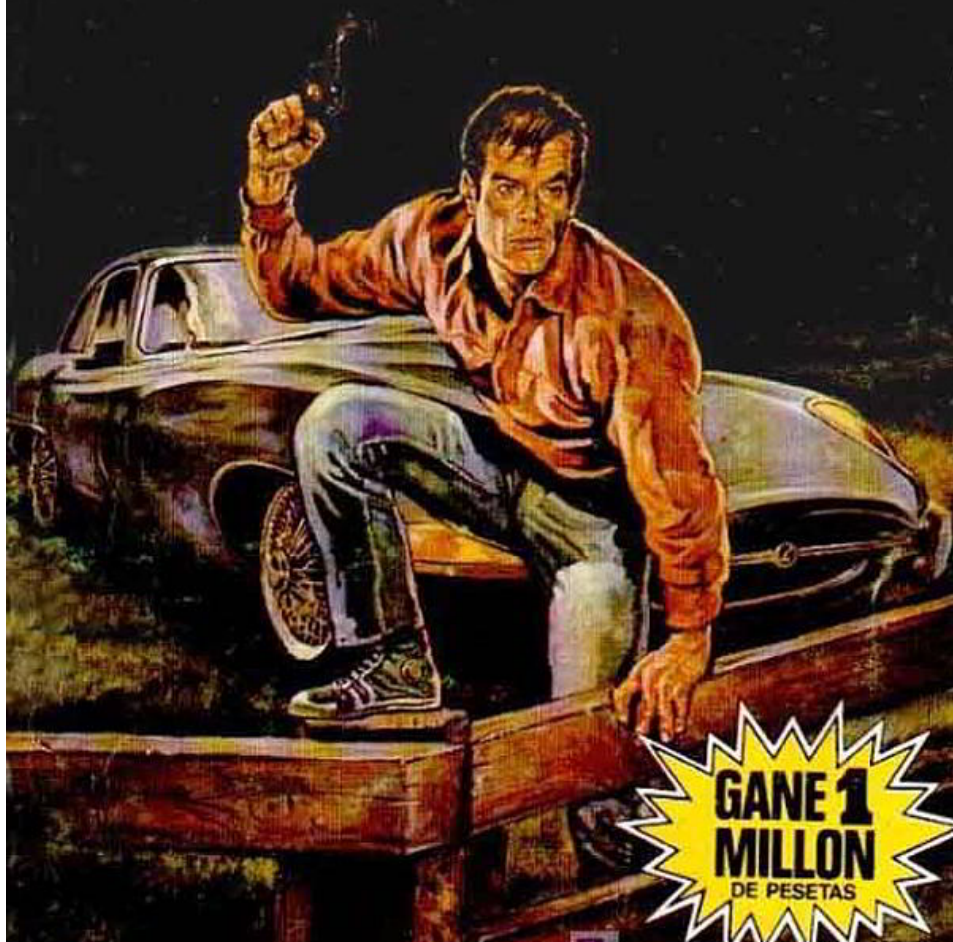
**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

EL ASESINO SIEMPRE ES PUNTUAL

Clark Carrados



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS

El hombre estaba sentado en un banco del parque, en una zona situada muy hacia el interior y apenas concurrida a aquellas horas de la mañana, cuando Evelyn McMairen decidió que debía sentarse a su lado, para tomar unos apuntes de los árboles cercanos en el cuaderno de dibujo que llevaba consigo.

—¿Le importa que me siente a su lado, señor? —consultó Evelyn.

El hombre, de bastante edad, a juzgar por la casi total blancura de sus cabellos y de la barba, en la que ya no se veía una sola hebra negra, alzó la cabeza ligeramente, sonrió un poco y accedió con voz tenue:

—Al contrario, señorita... Me sentiré encantado.



Clark Carrados

El asesino siempre es puntual

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1789

ePub r1.0

Lds 14.03.19

Título original: *El asesino siempre es puntual*

Clark Carrados, 1985

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba sentado en un banco del parque, en una zona situada muy hacia el interior y apenas concurrida a aquellas horas de la mañana, cuando Evelyn McMairen decidió que debía sentarse a su lado, para tomar unos apuntes de los árboles cercanos en el cuaderno de dibujo que llevaba consigo.

—¿Le importa que me siente a su lado, señor? —consultó Evelyn.

El hombre, de bastante edad, a juzgar por la casi total blancura de sus cabellos y de la barba, en la que ya no se veía una sola hebra negra, alzó la cabeza ligeramente, sonrió un poco y accedió con voz tenue:

—Al contrario, señorita... Me sentiré encantado.

Hablaba con cierta dificultad, observó Evelyn, y lo juzgó debido a los años. Le dirigió una sonrisa de simpatía, se sentó en el banco, cruzó las piernas y apoyó el cuaderno en la rodilla. Luego, del bolso que tenía colgado del hombro, sacó un lápiz y se dispuso a trazar las primeras líneas.

El anciano se volvió de pronto hacia Evelyn.

—¿Cuántos años tiene usted, hija? —preguntó.

Ella, sorprendida, parpadeó.

—No se ofenda —añadió el viejo—. Es usted todavía lo suficientemente joven como para no... tener que mentir acerca de su edad...

—Bien, tengo veintidós años... Estoy a punto de cumplir los veintitrés, señor —contestó Evelyn.

—Una edad maravillosa —suspiró el hombre—. Hubo un tiempo... en que yo también tenía veintidós años... y me iba a adueñar del mundo... pero ahora ya ve... Estoy a punto de morir...

—Tiene usted un humor estupendo —sonrió la muchacha—. Todavía vivirá muchos años, se lo aseguro.

Debía seguirle la corriente, se dijo. Los años, con toda seguridad, le hacían desvariar en ocasiones.

—No lo crea. Voy a morirme muy pronto... mucho antes de lo que usted se imagina...

Por cierto, ¿quiere hacerme un favor, señorita?

—Si está en mi mano, con mucho gusto —accedió Evelyn.

—Entonces... haga el favor de escribir lo que le voy a dictar... en ese cuaderno... ¿Quiere?

Íntimamente resignada, aunque sin mostrarlo al exterior, Evelyn se dijo que debía aceptar la petición de aquel hombre. Parecía inofensivo, aunque ella, pese a su juventud, había conocido ya algunos tipos de edad avanzada que pretendían tener la acometividad de sus años mozos y se portaban con la irresponsabilidad y fanfarronería de jóvenes. El viejo parecía bueno y de carácter apacible, cosa que no solía suceder a menudo con otros ancianos.

—Está bien —aceptó con clara sonrisa—. Dígame y escribiré lo que sea.

El anciano tosió y se agarró con una mano a la solapa del raído abrigo que le cubría hasta más abajo de las rodillas.

—Gracias, hija mía. Empiece... por favor...

«Yo, Simón P. Reedle, hallándome a las puertas de la muerte y en pleno uso de mis facultades mentales, declaro herederos de todos mis bienes y en los porcentajes que a continuación se expresarán, a las personas siguientes: Harry N. Batterson y Brooke Dundas, 27% a cada uno; a Peter Paul Amhurst, el 23%; a Nita Beckell, el 12% y, finalmente, a Adam Pentecost, el 11%, pudiendo todos disponer libremente de cuanto les corresponda, según las proporciones señala das anteriormente. Y, para que no existan dudas acerca de la certeza de este mi testamento, además de firmarlo, lo sellaré con la huella de mi dedo pulgar derecho».

Reedle carraspeó con fuerza.

—Añada lugar, hora y fecha, señorita.

Aunque enormemente extrañada, Evelyn hizo todo lo que le decían. Al acabar, tendió el lápiz al anciano, quien firmó al pie de las líneas escritas por la chica. Luego, muy despacio, como si ya no tuviese fuerzas, metió la mano en el interior de su abrigo un instante y la volvió a sacar en seguida.

La huella del pulgar quedó estampada junto a la firma. Evelyn estuvo a punto de lanzar un chillido de horror, porque aquella marca había sido impresa con un líquido de color inconfundible.

—¡Es sangre! —exclamó.

—Sí..., sangre... —confirmó Reedle con apenas un hilo de voz—. Ya le dije antes que me estaba... muriendo... Por favor..., no pierda ese document...

El anciano no pudo terminar de hablar. Lentamente, se venció a un lado, cayó de costado primero y luego, girando en el aire, quedó tendido en el suelo, con los ojos muy abiertos, fijos en el cielo azul y las nubes blancas que ya no podían ver.

El abrigo se abrió y entonces fue cuando Evelyn vio la mancha escarlata que había en el centro del pecho de Reedle.

Durante unos momentos, sintió vértigo y creyó que estaba soñando. Reedle no le había mentido; ella lo había encontrado ya herido de muerte y había asistido, aunque involuntariamente, a sus últimos instantes de vida.

Aturdida, se preguntó qué debía hacer. Antes de que tomara una decisión, sonaron unos fuertes chillidos en las inmediaciones.

* * *

Con grandes precauciones, el agente Douglas Holliday se acercó por detrás al sujeto que estaba agazapado tras un seto, provisto de una cámara fotográfica y espiando sin duda a una pareja que se hallaba al otro lado, entregada a sus efusiones amorosas.

El día, aunque ligeramente fresco, era espléndido. A Holliday, un robusto mocetón de casi un metro noventa y ochenta y cinco kilos de peso, no le gustaban en absoluto los mirones que se dedicaban a observar furtivamente a la gente.

Sobre todo, si estaban provistos de una cámara fotográfica, con

la que registrarían imágenes que luego contemplarían a solas, para saciar así una extraña obsesión sexual. ¿Qué diablos le importaba a aquel tipo si había allí una pareja de enamorados intercambiando millones de bacilos mediante el contacto de la boca y la lengua?

Pero al acercarse un poco más, vio algo que era mucho más que un simple besuqueo.

El hombre y la mujer, jóvenes, estaban completamente desnudos, y él encima de ella, entregados, según delataban sus movimientos, a la inequívoca y agradable tarea de aumentar la población humana.

—Este mundo está perdido —filosofó el agente Holliday, a quien no es que no le gustasen cierta clase de desahogos, pero que, por discreción, prefería realizarlos en lugares menos visibles que la hierba de un parque público.

El fotógrafo mirón se «hinchaba» de tirar placas sin que la pareja protagonista de sus atenciones se hubiese percatado de ello. Holliday decidió terminar con la escena y saltó hacia adelante.

—¡Ya te tengo, miserable espía! —gritó truculentamente, a la vez que agarraba al fotógrafo por el cuello—. Date preso a la ley y no te resistas o será peor para ti.

Los enamorados se alarmaron en el acto. La chica empezó a chillar frenéticamente.

—¡Charlie, ya te dije que esto no podía hacerse aquí! —gritó.

Inmediatamente, se puso en pie, agarró sus ropas y, desnuda como estaba, echó a correr.

Charlie la siguió en el acto. Holliday, desconcertado, aflojó un tanto la presión de su enorme mano sobre el cuello del fotógrafo, quien aprovechó la ocasión para desasirse del joven y emprender la huida.

Holliday se quedó con la cámara en la mano, puesto que ya la había cogido antes. Pero se le fugaba un delincuente y no dudó en lanzarse en su persecución.

Mientras corría, vociferando a pleno pulmón, creyó entrever la silueta de otro hombre que escapaba en dirección opuesta. Pero a él le interesaba el fotógrafo, del que ya tenía ciertas referencias, y trató de alcanzarlo, esforzándose al máximo para conseguir su objetivo.

En su carrera, atravesó un seto, un trozo despejado y un segundo

seto. Al pasar al otro lado de éste, estuvo a punto de tropezar con el cuerpo de un hombre tendido en el suelo.

Para evitar pisarlo, se desvió a un lado, lo que le hizo perder el equilibrio y caer de costado, cosa que aprovechó el fotógrafo para esfumarse. Holliday hizo un esfuerzo para levantarse y entonces fue cuando vio la mancha de sangre en una pechera y a una hermosa muchacha en pie, al lado del hombre caído en el suelo.

La chica le miraba con absoluta estupefacción, y Holliday llegó a pensar que ella creía había visto llegar a un extraterrestre caído del cielo.

* * *

Apenas se había repuesto de la sorpresa de ver morir a Reedle, cuando oyó agudos chillidos. Antes de saber qué sucedía, Evelyn, atónita, vio pasar por delante de ella a una chica completamente desnuda, con las ropas en la mano, huyendo evidentemente de alguien que la perseguía.

Un hombre joven pasó apenas unos segundos más tarde, también desnudo y con sus ropas en las manos. Evelyn sacudió la cabeza, como para librarse de aquella asombrosa pesadilla.

—Un anciano muerto, dos personas que corren desnudas... ¿Qué viene ahora? —se preguntó.

La respuesta llegó muy pronto. Un hombre, de unos cuarenta años y rostro afilado, pasó a toda velocidad por delante de ella, desapareciendo muy pronto en el bosque cercano. Luego apareció un hombre joven, vestido de azul.

El policía cayó al suelo y algo que parecía una cámara fotográfica escapó de sus manos. Al incorporarse, vio la sangre en el pecho de Reedle.

—¿Qué le ha pasado a este hombre, señorita? —preguntó, olvidado momentáneamente del fotógrafo mirón.

—Está muerto, ¿no lo ve? —contestó Evelyn.

Consciente de su deber, Holliday se arrodilló junto al cadáver, tomó su muñeca y comprobó que no había pulso. Inmediatamente, asumió la actitud debida a su cargo.

—A ver, cuénteme lo que ha pasado, señorita —pidió.

—Le aseguro que yo no he sido...

—Nadie la acusa —cortó Holliday—. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Pues... no lo sé muy bien. Yo vine aquí, me senté en ese banco... El dijo que estaba a punto de morir...

—¿Dijo eso de veras? —se asombró el joven.

—Le juro que es cierto, agente. —De pronto, Evelyn, sin saber por qué, pensó que, por el momento, no era conveniente mencionar el singular testamento de Reedle—. Dijo que iba a morir muy pronto y, como aparentaba bastantes años, pensé que era un desvarío propio de la edad. Luego, de pronto, cayó a un lado y se quedó ahí, tal como le está viendo, todavía no hace ni cinco minutos. No lo he tocado en absoluto, se lo aseguro.

Holliday se mordió los labios.

—Tendré que avisar a la comisaria —anunció. De pronto, lanzó una maldición a media voz—. Hace tiempo que pedí me dieran una radio portátil, pero dijeron que no había dinero en el Departamento, así que tendré que utilizar el método que se empleaba en el siglo pasado para llamar la atención de mis colegas.

Holliday sacó un pito y silbó con fuerza, pero unos minutos más tarde, en vista de que no acudía ningún colega, desenfundó su revólver y disparó tres tiros al aire.

Luego miró a la chica y sonrió brillantemente.

—Si ahora no vienen, resultará que soy el único policía de la ciudad —comentó con jovialidad—. ¿Cómo ha dicho usted que se llama, señorita?

—Evelyn McMairen, agente.

—Yo soy Douglas Holliday —se presentó él—. Ahora veré cómo se llamaba este pobre anciano...

—Simón P. Reedle —dijo Evelyn—. Me dio su nombre antes de morir.

Holliday volvió a examinar al caído.

—Un disparo certero —murmuró—. La bala, si no tocó el corazón, quedó muy cerca.

Hubo hemorragia pulmonar y...

Una sirena aulló en las inmediaciones. Holliday se volvió hacia la muchacha y sonrió. —Pues sí, hay más policías aquí— afirmó—. Voy a recibirlos y, por favor, no toque nada, señorita McMairen. —Descuide, agente.

Holliday desapareció por unos instantes. De pronto, Evelyn

reparó en la cámara fotográfica caída en el suelo.

—La perderían esa pareja de chiflados desnudos —se dijo, a la vez que la recogía para guardarla en el bolso.

Alguien, seguramente, publicaría en los periódicos la pérdida de la cámara. Entonces, ella la devolvería y...

Una nube de hombres vestidos de azul y de paisano, y también con batas blancas, estuvo a punto de arrollarla en los minutos siguientes. Cuando terminó, Evelyn se dijo que ya era hora de regresar a su casa y pensar lo que debía hacer con el extraño testamento de Simón P. Reedle.

Era un documento auténtico, firmado y sellado con la huella del pulgar mojado en la propia sangre del testador.

CAPÍTULO II

Douglas Holliday suspiró satisfecho.

El asunto del muerto en el parque había terminado, al menos para él. El caso había pasado a quienes les correspondía, esto es, los de Homicidios.

En cuanto a él mismo, acababa de empezar unas vacaciones de veinte días, largamente esperadas. Uno de sus objetivos consistía en equiparse adecuadamente y marcharse a la sierra, en donde esperaba pasar una semana en plena naturaleza, durmiendo al aire libre por las noches y pescando durante el día.

Después, volvería para terminar de preparar el próximo examen, ya que quería presentarse a las pruebas para el ascenso a sargento. Esperaba conseguirlo, y así dejaría de patear las calles y perseguir obsesos sexuales por los parques de la ciudad.

De repente, este pensamiento le hizo volver a la memoria el fotógrafo-espía.

—Maldición, ¿dónde está la cámara que le atrapé? —se preguntó.

El desconcierto originado por el hallazgo del cadáver de Reedle le había hecho olvidarse por completo del incidente. Quizá, se dijo, la cámara estaba todavía allí, aunque lo dudaba mucho, ya que los chicos de Homicidios lo habían revuelto todo en busca de huellas del asesino.

Tras unos segundos de reflexión, se encaminó a cierto departamento y buscó a un conocido suyo.

—Mike, ¿qué sabes tú de un tipo que se dedica a espiar parejas de enamorados en el parque e, incluso, les fotografía en actitudes equívocas?

Mike Marks se echó a reír.

—Doc —era el apodo que daban al joven en el departamento—, cuando un hombre y una mujer se están besando y acariciando en un parque, lo que menos hacen es observar una actitud equívoca. Yo creo más bien que saben perfectamente lo que se hacen, ¿no te parece?

—No he venido a que me demuestres tus aptitudes para la filosofía —rezongó Holliday—. Comprendes muy bien a qué me refiero, Mike. Por qué no te dejas de divagaciones y vienes a lo concreto, ¿eh?

—De acuerdo. —Marks hojeó unos papeles y luego levantó la vista hacia su interlocutor—. El más... «famoso» en esa especialidad es Keno Wilkes, de quien se sospecha que, incluso, hace chantaje luego a los protagonistas de sus fotografías. Pero nadie ha podido probárselo hasta ahora, ¿entendido?

—Sí, gracias. ¿Puedes darme su dirección?

Marks miró suspicazmente a su amigo.

—¿Te ha retratado alguna vez en una actitud... equívoca? —rió.

—No digas tonterías —contestó Holliday con un bufido—. Simplemente, tenía interés en saberlo.

—Bueno, hombre... El tipo ese vive en Mansfield Road, dos mil noventa y cuatro.

—Gracias, Mike.

—Pero, Doc, ¿no estabas de vacaciones?

Holliday se dio una palmada en la frente.

—Es verdad, lo había olvidado... Gracias por recordármelo, Mike —se despidió.

«¡Que se vaya al diablo... hasta mi regreso!», pensó Holliday al salir de la jefatura, refiriéndose al fotógrafo espía. Y, por otra parte, reaccionando como un civil, se dijo que si Wilkes les sacaba unos cientos de dólares a los desvergonzados enamorados que habían sido capaces de desnudarse en pleno parque para entregarse a sus efusiones, bien merecido se lo tenían.

Holliday llegó a su pequeño apartamento, en el que vivía solo, aunque una mujer le hacía la limpieza todos los días. Abrió la puerta, franqueó el umbral y, en el mismo momento, creyó que el mundo se le venía encima.

Oyó un terrible estruendo y perdió el conocimiento instantáneamente.

Al regresar a su casa, después de los incidentes ocurridos en el parque, Evelyn se detuvo unos minutos en determinado establecimiento, en el que realizó ciertas operaciones que le parecieron necesarias. Eran ya cerca de las siete de la tarde cuando, al fin, creyó haber quedado libre del asunto que, prácticamente, la había tenido ocupada desde la mañana de aquel día tan agitado.

Había tenido que salir por segunda vez y, al volver para prepararse la cena, se dijo que antes le convenía tomarse una ducha. Empezó a desvestirse y se quedó solo con la combinación y las dos prendas íntimas. Entonces, creyó oír ruidos y se asomó a la puerta del dormitorio.

Inmediatamente, creyó que se le paraba el corazón. El hombre que estaba en la sala la encañonó con un revólver.

—¿Dónde está? —preguntó.

Evelyn pensó que sus pesadillas no habían acabado todavía. Durante unos segundos, contempló al individuo que había entrado sin que ella se diera cuenta y se reprochó su descuido, al no haber cerrado debidamente la puerta del apartamento.

El hombre que la encañonaba con el revólver vestía de una forma singular: un mono azul oscuro, sin marcas ni señales de ninguna clase y tenía la cabeza cubierta por una capucha que ocultaba por completo sus facciones, salvo los ojos, que se veían a través de las aberturas correspondientes. Estaba enguantado, de modo que tampoco podía apreciar detalles de sus manos.

Sin embargo, había algo que si podría identificarle algún día. Era algo cargado de hombros y tenía el izquierdo más alto que el derecho, lo que le hacía parecer inclinado a un lado. Además, los pies tenían algún defecto, puesto que estaban orientados hacia adentro.

Tragando saliva, hizo un esfuerzo para hablar.

—¿A... a qué se refiere? —preguntó, temerosa de ser objeto de un ataque sexual.

—Demasiado lo sabe. Hoy estuve hablando con Reedle.

Evelyn comprendió en el acto que se hallaba ante el asesino, quien se había disfrazado para no ser reconocido. Pero sus defectos físicos le delatarían en cualquier circunstancia, pensó.

—Si, hablé con ese pobre hombre, poco antes de morir...

—Y le dictó algo y usted lo escribió y él lo firmó, ¿verdad?

—En efecto. —Evelyn ya no podía negar la evidencia. Aquel hombre les había estado espiando y sólo la oportuna e imprevista aparición de un policía le había impedido pedirle entonces lo que ahora venía a llevarse por la fuerza.

—Entonces, me dará ese papel —conminó el desconocido.

—Si no tengo otro remedio...

—No siento nada contra usted, señorita McMairen, créame. Pero quiero ese documento. Por favor, no me obligue a usar la fuerza.

Ella señaló el cuaderno de dibujo que se hallaba sobre una consola cercana.

—Está allí —indicó.

El encapuchado se acercó a la consola y, con una sola mano, abrió el cuaderno. Evelyn permanecía impassible, sin hacer el menor gesto que pudiera provocar una agresiva reacción del intruso.

La hoja en que Reedle había registrado su última voluntad pasó a poder del hombre, quien la dobló con una mano y la guardó a continuación en uno de los bolsillos de su mono.

—Gracias por su cooperación, señorita McMairen. Por su propio bien, le aconsejo olvide este incidente —advirtió el sujeto.

Evelyn se arriesgó a hacerle una pregunta:

—¿Cómo se ha enterado de dónde vivo? —preguntó.

—Muy sencillo: han dado su nombre por la radio, la televisión y también ha aparecido en los diarios de la tarde. Hay algo que se llama guía de teléfonos, ¿verdad? —comentó el desconocido irónicamente—. Y ya que mencionamos ese útil instrumento de comunicación...

Se acercó al teléfono del apartamento y arrancó el cable de un tirón.

—Seguramente, y a pesar de mis recomendaciones, llamará a la policía —dijo—. Por eso prefiero retrasar ese momento, señorita McMairen.

El hombre empezó a retirarse hacia la puerta. Ella continuó en la misma posición, sin atreverse a respirar siquiera.

Al quedarse sola, Evelyn se dijo que había notado algo extraño en el asesino, aunque, por el momento, no sabía definir exactamente de qué se trataba.

Luego sonrió maliciosamente.

El asesino se había llevado el original, ciertamente, pero ignoraba que ella había obtenido fotocopias del documento, enviándolas a las personas citadas en el testamento.

Incluso había hecho una para sí y la guardaba en su bolso. Si el asesino pensaba que, llevándose el original, iba a evitar que la herencia de Reedle fuese distribuida entre las personas citadas en el testamento, se iba a llevar un buen chasco.

«Por cierto, ¿será muy valiosa esa herencia?», se preguntó poco después, intrigada y llena de curiosidad por conocer el detalle.

Suspiró cansadamente. Era hora de relajarse y buscar el reposo merecido después de un día pródigo en acontecimientos.

* * *

Holliday se sentó en el suelo, acariciándose la cabeza en el lugar donde había recibido el golpe y que en aquellos momentos no le había producido ningún dolor.

—O, por lo menos, no lo recuerdo —gruñó.

La pérdida de conocimiento había sido fulminante, pero ahora sí le dolía. Tocó un bulto de tamaño más que regular y se felicitó por tener los huesos del cráneo tan duros. Luego se preguntó quién y por qué le había atacado.

El desconocido, no cabía duda, había entrado en la casa sin su permiso. En tal caso, ¿con qué objeto?

¿Le esperaba ya o bien le había sorprendido al llegar inesperadamente?

Eran preguntas que, por el momento, no tenían respuesta. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

Entonces vio fuera de su lugar algunos objetos. El atacante había estado registrando su apartamento.

—¿Qué diablos podría buscar? —se preguntó, dándose cuenta de que su perplejidad subía de punto.

Meneó la cabeza y lanzó un gemido. Tenía que alejar como pudiera aquel persistente dolor, secuela inevitable del golpe recibido.

De pronto, recordó cierto detalle que le había pasado momentáneamente por alto.

—Maldito mirón... Tuvo que ser él; creyó que yo tenía su cámara...

Iría a verle al día siguiente, se propuso. Con paso todavía inseguro, fue al baño y, tras desvestirse, se metió bajo el chorro de agua fría. Un par de tabletas de analgésico y una taza de té le aliviaron considerablemente, hasta el punto de que, poco más tarde, pensó en prepararse la cena.

Ordinariamente solía comer en un restaurante cercano, pero había en el frigorífico provisiones suficientes para no tener necesidad de salir de casa. Después de cenar se acostó, leyó un rato y, final mente, se quedó dormido como un tronco.

Por la mañana, apenas se levantó y una vez aseado y tomado un somero desayuno, salió a la calle y se dirigió a Mansfield Road. Muy pronto, el conserje de la casa número 2094 le informó de algo desagradable: el señor Wilkes había salido de viaje inopinadamente, la víspera, sin declarar punto de destino.

«Se ha visto en apuros y ha levantado el vuelo», pensó lógicamente.

Sus vacaciones habían comenzado ya y era preciso aprovecharlas, por lo que empezó a preparar todo para su viaje a la sierra, en busca de paz, silencio y aire puro.

* * *

Dos días más tarde, Harry N. Batterson recibió una extraña carta:

«El próximo día 11, a las siete de la tarde en punto, morirás. Opino, sin embargo, que debes saber por qué mueres; no sería justo enviarte al otro mundo sin hacerte conocer quién va a cortar el hilo de tu asquerosa vida. ¿Recuerdas el hombre a quien tú y cinco más dejasteis por muerto, en aquel infierno de fuego que resultó del incendio de nuestra fábrica? No murió, aunque todos lo creyeran totalmente consumido y volatizado por el calor de las llamas, sino que

continúa vivo y dispuesto a vengarse de quienes le dejaron abandonado cuando podía haberlo evitado.

»Simón P. Reedle ha muerto ya y eso es una prueba de que no bromeo. Mientras tanto, hasta el 11, a las siete en punto de la tarde».

La carta no llevaba firma, pero Batterson conocía sobradamente a su autor. Frunció el ceño de momento, pero luego pensó que se trataba de una broma pesada. No, aquel tipo no podía vivir; se había convertido, literalmente, en humo en el incendio de la fábrica.

De todos modos, se dijo, la advertencia no resultaría inútil. El día 11, a las siete en punto de la tarde, estaría preparado para recibir la visita del autor de la carta amenazadora.

Batterson tenía un revólver en su casa y lo revisó aquella misma noche. El arma y su carga estaban en perfectas condiciones. Luego volvió a guardarlo en el cajón de la mesa de su despacho privado.

—Bien, Darrell Mykers —dijo, como si el autor de la carta pudiera escucharle—, si es cierto que estás vivo, ven a buscarme el día once a las siete de la tarde. Aquí me tendrás aguardándote... ¡para enviarte al infierno definitivamente!

CAPÍTULO III

En el remanso de aguas absolutamente transparentes, la trucha se movía perezosamente, sin duda porque era ya mediodía y los rayos del sol incidían con fuerza en aquel pequeño estanque, situado entre rocas y árboles. Holliday contemplaba al pez con no disimulada avidez.

El anzuelo, con el cebo, estaban en su sitio. Holliday, sentado en una roca, observaba una inmovilidad total, como si por una fórmula mágica se hubiera convertido en una estatua.

La trucha medía muy bien dos largos pies. A Holliday se le hacía la boca agua, pensando en la exquisita carne del pez, asado sobre unas brasas muy suaves, con unas gotitas de limón y apenas embadurnado con la mantequilla. Sería una cena de fábula, se dijo, sin atreverse a pestañear siquiera, para no asustar al pez.

Repentinamente, a pocos pasos de distancia, se oyó un fuerte chasquido. Una mujer lanzó un grito de susto. Holliday percibió ruido de ramajes rotos y, antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, vio rodar por la pequeña pendiente que había en las inmediaciones un cuerpo humano.

La trucha, espantada, dio un par de fuertes coletazos u huyó velozmente. Holliday, furioso, tiró la caña a un lado, a la vez que se ponía en pie.

—¡Maldita sea! —gritó, exasperado—. ¿Es que no sabe mirar por dónde pisa? ¡Me ha espantado la trucha más grande de mi vida!

Era indudable que la mujer había sufrido un tropezón y por ello había caído con tanto estruendo. Ella, al tratar de recobrar la posición normal, se sentó en el suelo y alzó la mirada hacia el rostro del iracundo pescador.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba un poco distraída y no vi

que pisaba una rama seca, por lo que el pie me falló y...

De pronto, se calló y puso cara de extrañeza.

—¡Atiza! —añadió, vivamente sorprendida—. ¡Si es el agente Holliday!

La sorpresa del joven no fue menor.

—¡Señorita McMairen! —exclamó—. ¿Qué hace usted por estos parajes?

Evelyn, sentada en el suelo todavía, se frotó una rodilla con las manos.

—Pasaba por aquí... —Manifestó, con una sonrisa de circunstancias—. Creo que me he hecho daño —se lamentó.

Evelyn vestía una sencilla blusa y pantalones cortos, además de calcetines hasta la rodilla y fuertes botas. Llevaba a la espalda una mochila y, en el suelo, a su lado, se veía un gran cuaderno de dibujo y un lápiz.

Holliday se arrodilló en el acto junto a ella.

—Permítame —dijo. Tanteó la rodilla un poco con las yemas de los dedos y sonrió—: No es nada, sólo una ligera erosión. Tengo un pequeño botiquín a poca distancia y traeré desinfectante. No se mueva, por favor.

El policía echó a correr hacia el lugar donde había instalado su campamento y regresó a los pocos momentos. Limpió la pequeña raspadura y luego puso mercurio. Al terminar, se sentó frente a ella y la miró con expresión contrita.

—Le ruego me dispense, señorita. Se me escaparon sin querer unas cuantas palabrotas... Un comportamiento inexcusable, se lo aseguro.

Evelyn sonrió.

—He oído algo acerca de una trucha gigante que se le ha esfumado. Si es así, la única persona que debe pedir disculpas soy yo, agente Holliday.

—Bueno, quedan más truchas en este arroyo y, de todas formas, ya había pescado unas cuantas, suficientes para la cena de hoy. Pero ¿qué está haciendo por estos parajes?

—Dibujo —contestó ella.

—¿Cómo? —Respingó Holliday.

—Soy dibujante naturalista. Había visto una flor muy rara y quería reproducirla. Al acercarme para examinarla mejor, pisé la

rama seca y...

—De modo que dibujante naturalista —se asombró él—. Nunca hubiera podido imaginarme que... ¿Da eso lo suficiente para vivir, señorita McMairen?

—Así lo espero —contestó ella—. Pero nunca me imaginé encontrármelo aquí, en medio de la sierra...

—Estoy de vacaciones. Las tomé el mismo día en que nos conocimos en el parque. Una forma un tanto extraña de entablar relación, ¿no le parece?

—Con un muerto de por medio —murmuró Evelyn pensativamente—. ¿No ha vuelto a tener más noticias del suceso?

Holliday hizo un gesto negativo.

—Tengo radio en el coche, pero ni siquiera la he conectado un solo día. Cuando vine aquí, dije que necesitaba una semana de absoluto aislamiento de lo que pasa en el mundo, aunque esta decisión no la incluye a usted, naturalmente. No voy a impedir que siga copiando flores y plantas en su cuaderno de dibujo.

—Gracias —respondió la muchacha—. Señor Holliday...

—Oiga —exclamó él de pronto—. ¿Por qué no me llama Doug, como hacen muchos? Otros, en cambio, me llaman de forma distinta, pero no se la quiero decir por ahora.

Déjese de tratamientos ceremoniosos, se lo ruego... Evelyn.

Ella sonrió deliciosamente.

—De acuerdo. Al menos, en esta situación, el protocolo sobra. Pero lo que le quería decir es que hay algo que me preocupa y que estimo debe usted saber, por si lo necesita algún día para sus pesquisas sobre el caso Reedle.

—Es asunto de los de Homicidios. Yo solamente soy un policía de a pie. Sin embargo, dígame, ¿qué es lo que la preocupa?

Evelyn miró a todas partes. Luego tendió la mano hacia el joven. —Ayúdeme, Doug. Veo ahí una piedra que me servirá para estar más cómoda— indicó.

* * *

Lleno de asombro, Holliday escuchó el relato que Evelyn le hizo de la visita del encapuchado y de sus propósitos. Cuando la muchacha hubo terminado, él formuló una pregunta:

—¿A qué hora dice que sucedió, Evelyn?

—Serían, aproximadamente, las siete de la tarde —respondió ella.

—A mí me atacaron una hora antes, sobre las seis, quizá un poco antes —murmuró Holliday pensativamente.

—¿Le atacaron, Doug? —se sorprendió Evelyn.

—Sí. Entré en el apartamento y un tipo me golpeó y me dejó sin sentido. Supongo que sería el mirón a quien yo perseguía cuando me tropecé con el cadáver de Reedle. Además de espiar a las parejas que retozaban en el parque, sacaba fotografías para, en muchos casos, hacer chantaje a los interesados.

—Ha dicho una cámara, ¿verdad, Doug?

—Sí, en efecto.

—Debe de ser, sin duda, la que recogí yo en aquel lugar y que guardé en mi bolso. Si es eso lo que le preocupa, quédese tranquilo; está en mi casa.

—Bueno, siendo así, al menos en esta ocasión, Keno Wilkes no se saldrá con la suya. Iré a pedírsela cuando regrese de mis vacaciones.

—Se la entregaré, por supuesto —aseguró la muchacha.

Holliday se rascó la cabeza.

—Hablemos ahora de su extraño visitante. Dice que sólo quería el testamento de Reedle.

—En efecto, no se llevó más de mi casa.

—Y Reedle lo había firmado y estampó la huella de su pulgar, mojado en su propia sangre.

—Así fue, Doug.

—Y usted sacó sendas fotocopias, que envió a los interesados a continuación.

—Y una para mí —sonrió Evelyn.

—Bueno, no es que quiera hacerle reproches, pero creo que debió informar a los chicos de Homicidios, ¿no le parece?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—No sé qué contestar, Doug —manifestó—. Tengo la sensación de que Reedle deseaba que el asunto quedase en secreto. No lo dijo explícitamente, pero a mí me pareció que era su intención. De todas formas, si usted lo cree conveniente, iré a ver a los de Homicidios a mi vuelta. Ahora, no, por supuesto; tengo trabajo y no quiero

abandonarlo. —Dibujo naturalista, ¿eh?

—Sí, flores, plantas, árboles y hasta pájaros. Estoy reuniendo material para publicar un libro sobre el tema.

—Oh, resultará muy interesante. Compraré un ejemplar cuando salga a la luz pública. —Doug— rió ella, —no se apresure: ésta es una tarea que puede durar años... o quizá no la concluya, si se me agotan los fondos.

—¿Problemas económicos?

—Tengo para poco más de un año. Si en ese plazo no he logrado material suficiente, tendré que desistir de mis propósitos.

—Deseo fervientemente que lo consiga —expresó Holliday—. ¿Ha acampado muy lejos de este lugar?

—A unos trescientos metros, en el claro. Hay otro coche...

—Es el mío, Evelyn. Si piensa pernoctar aquí, la invito a cenar truchas asadas. ¿Qué le parece?

Ella batió palmas.

—Le prometo no dejar más que las espinas —exclamó.

Holliday consultó su reloj.

—Son las dos de la tarde y todavía tengo tiempo de echar el anzuelo nuevamente. —Suspiró con fuerza—. Estamos a once y ya sólo me quedan tres días de vacaciones en la sierra —agregó.

* * *

Faltaban apenas unos minutos para las siete, cuando Batterson oyó unos golpes en la puerta de su gabinete privado.

—¡Pase! —exclamó.

La puerta se abrió. El mayordomo avanzó un paso.

—Señor, tiene una visita —anunció.

Batterson se puso rígido.

—¿Ha dicho su nombre, Marcus?

—No, señor; pero ha manifestado que usted le aguardaba...

—Está bien, hágale pasar.

—Bien, señor.

El mayordomo se retiró. Batterson tiró hacia sí del cajón de su derecha y puso el revólver al alcance de su mano.

—Como intentes algo contra mí, Darrell Mykers, te frío a balazos —dijo entre dientes. La puerta se abrió de pronto. Un hombre, que

caminaba dificultosamente y el cuerpo ladeado hacia la izquierda, entró en el despacho.

Llevaba gafas oscuras y en su rostro se advertían señales de cicatrices causadas por quemaduras.

—¿Me reconoces, Harry? —preguntó el visitante.

—Estás muy desfigurado, Darrell —comentó Batterson con frialdad.

—Imagino que ya sabes a qué se debe, ¿verdad?

—Tuviste mala suerte, eso es todo. Te aseguro que hicimos todo lo que pudimos...

—Para que me quemara vivo en aquel infierno.

—Estás equivocado, Darrell. Deja que te explique...

En el gran reloj de carillón del vestíbulo sonó la primera campanada de las siete de la tarde. El visitante hizo un gesto con la mano, como si fuese a sacar un arma, pero Batterson, prevenido, se le anticipó.

El revólver de su cajón salió fulgurantemente. Batterson apretó el gatillo y, en el mismo instante, se produjo una atronadora explosión.

La cara de Batterson desapareció instantáneamente, destrozada por el estallido del arma. Su cuerpo fue lanzado primero hacia atrás y luego a un lado, al volcar el sillón en que estaba sentado.

Una horrible sonrisa se dibujó en el rostro del visitante. Cuando los ecos del estampido se hubieron apagado, en el reloj del vestíbulo sonaba la última campanada de las siete de la tarde.

CAPÍTULO IV

Silenciosamente, mirando bien el suelo a cada paso que daba, Evelyn se acercó al inmóvil pescador y se arrodilló a su lado.

—Doug, tengo una noticia —susurró.

Holliday se volvió hacia ella.

—Puede hablar en voz alta; las truchas están hoy en huelga de anzuelo —sonrió—. ¿Cuál es la noticia, Evelyn?

—Batterson ha muerto.

—¿Batterson? —Holliday frunció el ceño—. No le conozco.

—Era uno de los herederos de Reedle —explicó ella.

—Si tenía su edad, parece lógico...

—No. Le explotó un revólver con el que, al parecer, quería defenderse de un hombre que no iba a atacarle.

—¿Cómo puede ser eso? —se asombró el agente.

—No lo sé, no he oído más detalles por la radio.

—Ah, tiene una radio...

—Sí, una portátil. A veces, me la llevo para oír algo de música, mientras dibujo... Suspendieron la emisión para dar la noticia. Ocurrió ayer, a las siete de la tarde. —Si le explotó el arma, es que la tendría muy descuidada. Pero ¿es que eso le preocupa, Evelyn?

Ella se mordió los labios.

—Doug, ¿por qué tuvo que redactar Reedle su testamento en circunstancias tan raras, es decir, cuando ya agonizaba, herido de muerte?

—No tengo la menor idea. No conocí a ese pobre hombre y, por lo tanto, me es imposible especular lo más mínimo sobre su comportamiento. Pero quizá no había otorgado testamento todavía y quiso hacerlo en sus últimos instantes de vida.

—Parece lógico, pero ¿es que no tenía familiares a quienes legar

sus bienes?

—¿Le quedaba lo suficiente para que el testamento mereciera la pena de ser robado por un enmascarado? —arguyó el joven irónicamente.

—Tendríamos que averiguarlo, supongo.

—Evelyn, de eso ya se ocuparán los de Homicidios. Es más, ya lo habrán investigado. Tengamos en cuenta que es un caso de asesinato; por tanto, se hacen pesquisas acerca de los posibles motivos de la muerte, lo que incluye averiguar si hubo dinero de por medio o cualquier otra cosa de valor.

—Doug, a mí lo que me preocupa es la muerte de Batterson. Era uno de los principales herederos; iba a recibir nada menos que el veintisiete por ciento de... de lo que pudiera poseer Reedle.

—Algo más de una cuarta parte. ¿Recuerda cuánto iban a recibir los restantes?

Evelyn cerró los ojos.

—Brooke Dundas, otro veintisiete por ciento; Peter Paul Amhurst, veintitrés y Nita Beckell y Adam Pentecost, el doce y el once por ciento, respectivamente.

—Lo cual suma cien, en efecto —convino Holliday—. Ahora bien, esas cifras son porcentajes... ¿de qué?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó—. No vi a Reedle más que unos pocos minutos y no le había conocido hasta entonces, pero se me hizo muy simpático y agradable.

Lamenté de veras su muerte, créame.

—Toda vida que se pierde es siempre lamentable —concluyó el joven filosóficamente—. De todos modos, cuando regrese a la ciudad, iré a ver a un amigo detective que está en Homicidios y creo que podré darle más detalles. Usted, me parece recordar, guarda una fotocopia del testamento.

—Sí, aunque no es lo mismo que el original...

—Pero puede servir como un útil instrumento en las investigaciones sobre la muerte de Reedle. Mi amigo se ocupará de ello, descuide.

Evelyn pareció quedarse muy pensativa durante unos momentos. Luego inquirió:

—Doug, ¿cómo es posible que nadie viera ni oyera nada cuando

un asesino disparó contra Reedle?

Holliday suspiró.

—Es un hecho sumamente misterioso, pero no le quepa duda de que el enigma dejará de serlo algún día —respondió.

* * *

Con aire desenvuelto, Holliday se sentó en un ángulo de la mesa detrás de la cual un hombre joven, aproximadamente de su edad, hablaba por teléfono. Al cabo de unos minutos, el detective Dan Teale colgó el aparato, se reclinó en su silla, cruzó las manos sobre el vientre y miró sonriendo a su amigo.

—Tienes un aspecto magnífico, Doc —elogió—. Piel tostada, cara de salud rebosante... ¿De dónde sales, si puede saberse?

—He pasado una semana en la sierra, empleando parte de mis vacaciones. Ahora empezaré a repasar los cuestionarios para los próximos exámenes.

—¿Quieres ascender, eh? No es malo tener legítimas ambiciones... pero sospecho que tú no has venido aquí para contarme tu vida particular. ¿Qué tripa se te ha roto, Doc?

—Simón P. Reedle —contestó el visitante.

Teale dejó de sonreír en el acto.

—Un caso muy complicado y, lo que es peor, con repercusiones.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Holliday.

—Harry N. Batterson recibió una carta, sin firma, aunque suponemos que él conocía al autor, en la que se le amenazaba de muerte, para el día once, a las siete en punto. Batterson, efectivamente, murió a esa hora.

—¡Tenía entendido que le explotó su propio revólver! —exclamó Doug, vivamente sorprendido.

—Los expertos examinaron el arma. Alguien había atascado el cañón con una bala del mismo calibre, añadiendo, además y por lo menos, el contenido de pólvora de dos cartuchos. La explosión destrozó la mitad delantera del cráneo de Batterson. Si revisó el arma, no examinó el cañón y...

—Horrible, Dan. De modo que el asesino cumplió su palabra.

—Así fue —admitió Teale—. Lo curioso del caso es que Batterson recibía una visita poco antes de esa hora, un tal Ernest

York, quien declaró que Batterson le había dicho estar amenazado de muerte, enseñándole el revólver con el que pensaba defenderse, caso de ser atacado. El arma se le disparó al pobre hombre y le voló la cabeza.

—¿Qué más, Dan?

—El mayordomo declaró haber recibido a York, quien no quiso darle su nombre, diciéndole que Batterson esperaba su visita. York, por supuesto, esperó a que llegásemos y se mostró dispuesto a cooperar. No llevaba armas encima, si eso es lo que te preocupa.

—Bien, pero dime: ¿tiene esto algo que ver con el asesinato de Reedle?

Teale agarró una carpeta que tenía encima de la mesa y la lanzó hacia su visitante.

—¿Por qué no te enteras de todo? —sugirió.

—Gracias, leeré los informes del caso.

Holliday se sentó en una silla y empezó a repasar los documentos contenidos en la carpeta, mientras su amigo se ocupaba de atender el teléfono y escribir en otros papeles.

Al cabo de un buen rato, Doug devolvió la carpeta y añadió algo.

—¿Qué es esto? —preguntó Teale, intrigado, al ver el papel que le tendía su amigo.

—El testamento de Reedle —contestó Holliday—. Se lo dictó a la señorita McMairen, quien, si recuerdas bien, estaba allí en el momento de su muerte.

Con ojos asombrados, Teale leyó el contenido del documento. Al terminar, lanzó una exclamación:

—¡Es una fotocopia, Doc!

—Lo sé. Ella tuvo la precaución de hacer varias, que envió a los destinatarios de este testamento. Pero el mismo día, por la tarde, un desconocido fue a su casa, la amenazó con un revólver y se llevó el testamento que Reedle había firmado y... sellado con el pulgar mojado en su propia sangre. Aquí aparece en negro, pero ella lo vio y era sangre auténtica, puesto que lo hizo en su presencia.

—¡Fantástico! —exclamó Teale—. Me gustaría hablar con esa chica...

—¿Quieres que lo haga en tu nombre? —sugirió su interlocutor, sonriendo.

Teale se echó a reír.

—Me pareció muy guapa, Doc.

—Lo es. Más todavía... —Holliday se levantó de la mesa—. Voy a cenar con ella esta noche, Dan.

Teale elevó los ojos al cielo.

—Algunos tienen una suerte inmerecida —se lamentó.

—Te casaste hace cuatro meses. ¿Tan mal te va en el matrimonio? —se despidió Douglas irónicamente.

* * *

—Era una sociedad compuesta por seis miembros, uno de los cuales era una mujer —explicó Holliday aquella misma noche, mientras cenaban en un discreto pero elegante restaurante—. Reedle era el presidente y los otros miembros del consejo de administración. Tenían un director científico, un hombre que, según parece, valía mucho.

Se llamaba Darrell Mykers y, por lo visto, quería ser algo más que director científico.

—¿Qué, Doug? —preguntó la muchacha, interesadísima en el relato que hacía su acompañante.

—Pues... socio de la firma, también. Parece ser que Mykers sostenía la tesis de que la empresa no sería nada sin él y algo de verdad debía de haber en sus teorías, puesto que había descubierto unos productos químicos, que proporcionaban grandes beneficios. Pero los otros, aunque le pagaban sueldos principescos y le otorgaban con frecuencia generosas primas, aparte de no tasarle los gastos para investigaciones, no le querían como asociado.

—Tendrían sus razones, me imagino.

—Mykers era hombre de carácter un tanto violento y muy dado a mandar y querer ser obedecido sin rechistar. Los otros temían que un día llegase a gobernar la empresa a su antojo, porque, si bien Mykers era un genio en su especialidad, en los restantes aspectos económicos era una calamidad. El no lo entendía así y por dicha razón se produjeron los primeros roces.

—¿Qué pasó después? —preguntó Evelyn, interesadísima en el relato que escuchaba.

—Se produjo un incendio en la fábrica, una noche, cuando

estaban reunidos todos los socios. Mykers había presentado sus informes y se marchó, diciendo que tenía que observar los resultados de un experimento que estaba realizando en el laboratorio instalado en la misma fábrica. No se sabe lo que sucedió, pero hubo una explosión, seguida de un terrible incendio, y Mykers murió abrasado. El fuego resultó tan voraz, que no se encontraron rastros de su cuerpo y los técnicos lo achacan al derramamiento del contenido de dos enormes depósitos, que almacenaban una sustancia terriblemente corrosiva.

—O sea, el cuerpo de Mykers se disgregó.

—Y lo que quedó de él, si algo quedó, fue arrastrado con el agua lanzada por los bomberos. Se le dio por muerto... y ahora, repentinamente, vuelve a la vida, como ya te he explicado antes.

Evelyn hizo un gesto de asentimiento.

—Envió una carta a Batterson, diciéndole que le habían abandonado en el incendio, sin querer ayudarle para salvarle la vida. Por eso se iba a vengar, matándole... el día once, a las siete de la tarde.

—Y así fue, aunque yo me imagino que el asesino, se llame o no Mykers, lo había preparado todo desde hacía mucho tiempo. Según parece, Batterson tenía un revólver, pero nunca lo llevaba encima. Jamás se le vio con armas, a pesar de guardarlo en el cajón de su mesa de trabajo.

—El asesino entraría en la casa mucho antes, subrepticamente, claro —opinó Evelyn—. Es curioso —prosiguió tras una leve pausa—. Batterson era uno de los herederos de Reedle, pero éste me pareció a mí un mendigo que estaba tomando el sol en el parque...

O sea, un hombre sin bienes de fortuna que legar en un testamento.

—El incendio de la fábrica colocó a algunos de los socios en una difícil situación económica. La compañía de seguros se negó a pagar, alegando imprudencia en el manejo de sustancias altamente inflamables, lo cual parece ser cierto.

—Mykers estaría muy nervioso aquella noche, tras la discusión con los socios, y cometió algún error —comentó Evelyn pensativamente.

—Sí, es muy probable. Por si fuese poco, se perdieron todas las notas, apuntes y documentos de Mykers sobre sus trabajos químicos

y, aunque la patente de uno de esos productos sigue en vigor, los beneficios, repartidos entre seis personas, no resultaban demasiado elevados.

—Si la fábrica hubiera continuado funcionando, ellos serían ahora multimillonarios, ¿verdad?

—Bueno, Batterson tenía otros negocios, con los cuales no sólo salvó su situación, sino que, además, ganó mucho dinero. Respecto a los demás, no te puedo decir nada.

Evelyn hizo un rápido ademán.

—Se me ocurre una idea, Doug. —A ver, dime— sonrió el joven.

—¿Por qué no vamos a ver qué encontramos en la casa de Reedle?

* * *

La casa estaba situada en las afueras y era más bien pequeña y de aspecto nada lujoso. Había un pequeño jardín, rodeado por una valla de tablas, muy baja y de bastante antigüedad, a juzgar por el deplorable estado en que se hallaba.

Junto a la casa, separada por un espacio de escasamente, quince metros, se veía un edificio de grandes dimensiones, que parecía un viejo almacén abandonado. No se veían ventanas y el portón de acceso aparecía cerrado.

—De modo que era aquí donde vivía Reedle —exclamó Evelyn, asombrada, al apreciar la modestia de la casa.

—Perdió prácticamente toda su fortuna en el incendio de la fábrica —contestó Holliday—. Tuvo que reducir gastos, a la fuerza.

—Más que reducir gastos, vivía prácticamente en la indigencia —comentó ella—. ¿Entramos, Doug?

—Si nos sorprenden, me juego mi ascenso —suspiró el joven—. Pero vamos a ver qué encontramos, Evelyn.

Cruzaron la valla y alcanzaron la puerta delantera, que estaba cerrada con llave. Evelyn sugirió utilizar la puerta posterior, lo que así hicieron, sorprendiéndose enormemente al ver que estaba solamente cerrada con un simple picaporte.

—No debe de haber mucho que robar aquí —observó Holliday, a la vez que encendía un fósforo para buscar el interruptor de la luz.

Cuando lo encontró, apreciaron una verdadera modestia en la

cocina. Estaba limpia, pero no había señales de que el dueño se hubiese entregado a los placeres de la mesa. El frigorífico aparecía desprovisto de todo alimento y en las alacenas encontraron apenas unos botes de leche, algunas galletas, azúcar y un poco de café.

El resto de la casa ofrecía un aspecto semejante. Al cabo de un rato, Holliday decidió que ya no tenían que hacer nada allí.

—Estamos perdiendo el tiempo, Evelyn.

Ella se mordió los labios.

—Sí, aunque yo pienso en... ¿Por qué tuvo que dejar Reedle todos sus bienes a sus antiguos socios? ¿Qué iban a sacar de la venta de esta casa poco menos que miserable?

—¿Piensa que tenía algo más en otra parte?

—Puede ser una hipótesis digna de tomarse en cuenta, ¿no le parece?

—A mí se me ocurre otra, Evelyn.

—¿Sí, Doug?

—¿No tenía Reedle, o tuvo en tiempos, un abogado?

—Habría que averiguarlo y no sé cómo —respondió la muchacha.

—¿Quiere que me ocupe yo de eso?

Evelyn se volvió hacia el joven y sonrió.

—Pero ¿no tiene que estudiar para sus exámenes? —preguntó.

—También dispongo de ratos libres... y todavía me quedan once días de vacaciones —contestó Holliday.

—Le intriga el caso, ¿eh? —sonrió Evelyn.

—¿A usted no?

Ella soltó una risita.

—Estoy muerta de curiosidad —confesó. De pronto, se puso seria—. Doug, dígame una cosa, por favor. ¿Por qué el asesino de Batterson tuvo que anunciar su muerte para las siete de la tarde?

—A esa hora, pero mucho tiempo antes, se inició el incendio en la fábrica —contestó Holliday gravemente.

CAPÍTULO V

Dos días más tarde, Holliday llamó a la muchacha por teléfono:

—¿Quieres acompañarme, Evelyn? —consultó.

—¿Adónde, Doug? —quiso saber ella.

—Te gustaría hablar con el abogado de Reedle, supongo.

—¡Lo has localizado!

—Exactamente. ¿Cuánto tardarás en estar lista?

—Lo que tardes tú en llegar a la puerta de mi casa, Doug.

—Quince minutos. Evelyn.

—De acuerdo.

Tuvieron que aguardar un buen rato, pero, una hora más tarde, la secretaria de Hardyn S. Colquhart les anunció que el abogado estaba dispuesto a recibirles. Colquhart, según apreció Holliday, era un profesional de gran valía, a juzgar por el lujo de su despacho y de su antesala.

—Tengan la bondad de sentarse —dijo el abogado, una vez hechas las presentaciones—. Según me ha informado mi secretaria, quieren hablarme del difunto Simón P. Reedle.

—En efecto —admitió Holliday—. Usted representaba sus intereses, señor Colquhart.

El abogado meneó la cabeza pesarosamente.

—Mi cliente perdió, puede decirse, toda su fortuna, en el incendio de la fábrica. Apenas si le quedaron unos cientos de dólares en el banco y unos bonos que escasamente le daban para malvivir, además de la casa y el almacén contiguo, que seguían siendo suyos en el momento de su muerte —explicó.

—Ah, aquel caserón era suyo —dedujo Evelyn.

—Sí, pero está vado. Es un edificio muy viejo, aunque, eso sí, construido a conciencia, con muros de casi un metro de grosor,

ventanas muy bien protegidas y una puerta que parece la de la bóveda acorazada de un banco. Mi difunto cliente parece ser, tenía la intención de derribarlo, para construir en aquel lugar una residencia de mejores condiciones, pero la ruina económica primero y su muerte después, le impidieron llevar a cabo sus proyectos.

—Nosotros no vimos ventanas —manifestó Holliday.

—Ah, han estado allí, ¿verdad? —sonrió Colquhart—. La verdad es que las hizo tapiar pocos meses antes de su muerte, pero colocando la obra de mampostería por encima de las rejas protectoras. Sólo queda la puerta visible y ordenó poner encima otra de madera, simulada... A veces, el pobre Simón obraba de una manera más bien extraña.

—¿Cree que el incendio le afectó hasta el punto de perturbar sus procesos mentales? —preguntó Evelyn.

—No podría contestarle, señorita McMairen, pero sí sé que sufrió una terrible depresión durante algún tiempo. Además, antes del incendio y durante mucho tiempo, largos años diría yo, se dedicó a ciertas especulaciones, en las cuales no tuve la menor intervención. El lo hizo todo y nunca quiso explicarme en qué había invertido una enorme cantidad de dinero.

—¿Cuánto cree usted que se gastó, abogado?

Colquhart hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Yo diría que, por lo menos y eso con absoluta seguridad, cinco millones de dólares —respondió.

Holliday dio un bote en su asiento.

—¡Cinco millones! —exclamó.

—Una cifra mínima absolutamente segura —insistió Colquhart—. Puede que gastase más, pero ya no estoy en condiciones de declarar una cantidad mayor.

—¿Evasión de capitales? ¿Inversiones secretas? —apuntó la joven.

—Lo siento. Reedle guardó siempre un secreto absoluto sobre lo que había hecho con ese dinero. No sé qué pudo pasar, pero debió de perderlo todo, ya que no pudo poner la fábrica nuevamente en funcionamiento. Con cinco millones, desde luego, habría tenido más que suficiente para arrancar otra vez.

—Abogado —preguntó Holliday—, ¿le cree usted culpable, aunque fuese involuntariamente, de la muerte de Mykers?

—No, rotundamente, no —contestó el interpelado.

De pronto, Evelyn abrió su bolso y sacó un papel que puso en manos de Colquhart.

—El testamento de Reedle —indicó.

Los ojos del abogado se dilataron.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó, atónito.

—Me lo dictó él, minutos antes de su muerte. ¿Es un testamento legal?

Colquhart repasó rápidamente el documento. Luego hizo un gesto negativo.

—Lo sería, si este papel fuese el original —dijo.

—No lo tengo, me lo robaron —contestó Evelyn.

* * *

—Cinco millones de dólares —suspiró la muchacha, cuando hubieron salido del despacho de Colquhart—. ¡Madre mía, qué de cosas haría yo si poseyese una fortuna semejante!

Holliday se echó a reír.

—Vale más que no pienses en ello —aconsejó—. Por cierto, si Reedle no hubiese dilapidado ese dinero, el veintisiete por ciento de cinco millones habría representado una suma más que apetitosa, ¿no crees?

—Lo calculé mentalmente mientras estábamos en el ascensor. Un millón trescientos cincuenta mil dólares. Pero los gastó, los dilapidó o Dios sabe qué hizo, sin querer dar explicaciones a su abogado...

—¿Por qué no le preguntamos a alguno de sus herederos? —sugirió Holliday—. A Dundas, por ejemplo. Quizá sepa algo sobre el paradero de esa suma, sobre todo si tenemos en cuenta que le corresponde otro veintisiete por ciento.

—Pienso que no sabrá nada, porque hasta este momento ignora que Reedle le citó en su testamento.

—Bueno, siempre podemos decírselo nosotros, ¿no te parece?

—Muy bien, de acuerdo.

Ya estaban en la calle y entraron en el automóvil del agente. Evelyn abrió su bolso y sacó una pequeña agenda de notas.

—Brooke Dundas vive en Old Mill, cuatrocientos nueve —dijo.

—No es precisamente un barrio de mendigos —comentó Holliday.

—El perdió su fortuna, pero no la de su mujer. Luego, sin embargo, se divorciaron, pero Dundas percibió una buena indemnización. Además, la casa era suya.

—¿Motivos del divorcio?

—Infidelidad conyugal... por parte de ella.

—La señora Dundas tenía un amante, ¿eh? Ya que te has informado previamente, ¿sabes quién era?

—Simón P. Reedle. No era tan viejo como parecía; sólo un canoso prematuro. Apenas tenía cincuenta años y era fuerte como un toro.

—Las cosas que uno llega a saber, Señor —suspiró Holliday.

—Pero el lío de los amantes no fue obstáculo para que continuasen las relaciones económicas, aunque el incendio de la fábrica se produjo a los pocos días de la sentencia favorable a Dundas. Si no hubiera sido por el dinero que le pagó su mujer, ahora estaría pidiendo limosna por ahí. Además, encontró un buen empleo y...

—Evelyn, ¿sabes que eres una magnífica investigadora? —sonrió el detective.

—El caso, del que soy protagonista involuntaria, ha despertado en mí una terrible curiosidad —explicó ella.

—Muy bien. Y si te parece, dejaré que lleves el peso del interrogatorio cuando veamos a Dundas. ¿De acuerdo?

—Pero no tengo ninguna experiencia...

—Nadie nace sabiendo y allí estaré yo para echarte una mano, si hiciera falta —aseguró Holliday.

* * *

Brooke Dundas exploró a través de la mirilla de la puerta de su casa y luego utilizó el teléfono intercomunicador.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren ustedes? —preguntó hostilmente.

—Señor Dundas, me llamo Douglas Holliday. La señorita que me acompaña es Evelyn McMairen y queremos hablar con usted —manifestó el joven.

—No tengo deseos de hablar con nadie y menos con

desconocidos —replicó el dueño de la casa—. Márchense o llamaré a la policía...

De pronto, Evelyn tuvo una inspiración.

—Señor Dundas, ¿ha recibido usted una carta, supuestamente escrita por Mykers?

La sorpresa del sujeto fue enorme.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—También recibió, supongo, una copia del testamento de Reedle. Se la envié yo.

Al otro lado de la puerta se oyó ruido de cerrojos. Dundas abrió al fin, pero tenía una pistola en la mano.

—Si intentan algo contra mí, dispararé sin vacilar —amenazó.

Holliday levantó las manos.

—Estamos desarmados —declaró.

—Aunque soy una mujer, permitiré que me registre a fondo —añadió Evelyn. Dundas los miró sucesivamente. Holliday apreció que el rostro del sujeto estaba congestionado, seguramente porque había bebido para darse ánimos. Hacía, al menos, un par de días que no se afeitaba y su aspecto no era precisamente el de un hombre animoso.

«Tiene miedo y es lógico», pensó el joven.

—Está bien —dijo Dundas al cabo de unos momentos—. ¿De qué quieren hablarme ustedes?

—¿Está seguro de que Mykers murió en el incendio?

—Ahora ya no lo estoy tanto —respondió el dueño de la casa—. Se le dio por muerto oficialmente; nadie podría haber sobrevivido en aquel infierno... pero, según parece, Mykers era un tipo muy duro y consiguió escapar con vida de las llamas.

—En tal caso, ¿por qué ha permanecido oculto durante tanto tiempo?

—No lo sé ni me importa —respondió Dundas—. Pero si le veo...

—¿Se considera usted culpable de lo ocurrido? —continuó la muchacha.

—¡No, ninguno de nosotros lo éramos! La culpa, en todo caso, fue suya. ¿Por qué diablos va a cargarnos ahora con la responsabilidad del incendio?

—El sostiene la teoría de que pudieron haberle salvado y le

dejaron morir.

—Señorita, si usted hubiese estado allí, habría hecho exactamente lo mismo que hicimos todos nosotros: salir corriendo a la mayor velocidad posible. ¿Ha visto alguna vez un incendio en una fábrica de productos químicos? Llamas que se extienden con la velocidad del rayo y que alcanzan en segundos docenas de metros de altura, humo asfixiante por todas partes, explosiones en cadena... No, no le dejamos morir intencionadamente; sólo que no podíamos hacer otra cosa que salvar nuestra propia vida.

—Señor Dundas, sabemos que su esposa tuvo un romance con Reedle. Me gustaría saber si usted tenía noticias de que Reedle había invertido cinco millones de dólares propios en un negocio desconocido hasta el momento.

—Eramos seis socios y todos teníamos otros negocios. Bueno, yo no, claro... pero los demás no mencionaban en las reuniones nada que no se refiriese a la fábrica. Ignoro por completo qué pudo hacer Reedle con esos cinco millones.

—Muy bien, y muchas gracias por todo, pero aún me queda una última pregunta: ¿Qué día y qué hora ha señalado Mykers para matarle a usted?

—Mañana, a las siete en punto de la tarde.

Holliday decidió intervenir:

—Señor Dundas, permítame un consejo: no salgas de casa en todo el día, no se acerque a las ventanas para nada y haga examinar su apartamento por un experto, para evitar que la trampa esté ya instalada, como sucedió en el caso de Batterson, No atienda siquiera las llamadas telefónicas, ¿me ha entendido?

Dundas tragó saliva.

—Sí, señor; haré todo lo que usted me dice...

—El asesino se llevará un buen chasco, en tal caso. Y, otra pregunta más, por favor.

—Desde luego, señor Holliday.

—Reedle le dejó a usted el veintisiete por ciento de sus bienes, pero, según parece, murió pobre. Sin embargo, años atrás, había invertido nada menos que cinco millones de dólares en algo que desconocemos todavía. ¿Sabe usted qué pudo hacer Reedle con esa enorme cantidad de dinero?

—En absoluto. No tenía la menor idea de que hubiese hecho

algo parecido, aunque sí sabía que el incendio de la fábrica le dejó prácticamente en la ruina. Como a todos nosotros, claro.

—Excepto Batterson, según creo —terció Evelyn.

—Pudo rehacerse antes, eso es todo.

Holliday hizo un gesto de aquiescencia.

—Muchas gracias, señor Dundas —expresó, dando por terminada la visita.

CAPÍTULO VI

Una vez en el coche, Evelyn, sentada junto al conductor, pareció quedarse muy pensativa.

—¿Te sucede algo? —preguntó Holliday.

—Dundas está muerto de miedo —contestó la muchacha.

—Es lógico. A cualquiera, en sus circunstancias, le sucedería lo mismo.

—De todos modos, hay algo que me parece muy extraño. Por mucho que Reedle quisiera ocultarlo, cinco millones de dólares no se volatilizan tan fácilmente. ¿Cómo es posible que ninguno de los socios se hubiese enterado de esa maniobra financiera?

—Era dinero propio y no tenía por qué darles cuenta de asuntos ajenos a la sociedad —alegó el joven.

—No sé... —dudó ella—. Es posible que sea así, pero, de todos modos, cinco millones no es lo mismo que un puñado de monedas entregadas al conserje de la fábrica para que compre el periódico en el quiosco de la esquina. Para mi, ellos tenían que saberlo y, si callan, es porque no les conviene admitir que conocían esas... andanzas económicas de Reedle.

—En tu lugar, yo no me preocuparía tanto por ese detalle —aconsejó Holliday—. Y hablando de otro tema, ¿ya no recuerdas que tienes en tu poder una cámara fotográfica que contiene todavía un rollo sin revelar?

Evelyn puso cara compungida en el acto.

—Tengo que darte una mala noticia, Doug —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Se veló la película?

—No. La cámara no está en mi casa. Supongo... quizá no me fijé entonces, porque estaba muy nerviosa... Imagínate, no era nada agradable verte frente a un tipo que te apunta con un revólver...

—En resumen, crees que se la llevó él también.

—Sí, Doug —respondió ella con un hilo de voz—. La he buscado por todas partes y no la he encontrado. Yo la guardé en mi bolso; es bastante grande, ¿sabes? Me refiero al que uso cuando salgo a dibujar y en el que guardo lápices y otras cosas... y ya no estaba allí...

—Quizá creyó que tú le habías tomado alguna fotografía y se llevó la cámara para destruir lo que pensaba podía ser una prueba comprometedora.

—Sí, tal vez. Lo siento, Doug; no pude evitarlo.

Holliday dio unas palmaditas afectuosas en la rodilla de la muchacha.

—Bueno, no te preocupes; a fin de cuentas, si el tipo que te asaltó pensaba encontrar algo interesante, verá solo parejas en situaciones equívocas.

Ella suspiró largamente.

—Al menos, eso me evitará tener que ver por segunda vez a un tipo tan horrible como él —dijo—. Parecía salido de una película de horror; con la cara quemada, un hombro más alto que otro, los pies torcidos...

—Una pesadilla, vamos —sonrió el joven.

—Sí, puedes creerlo.

—Evelyn, resultaría asombroso que Mykers, en contra de todo lo que se piensa hasta ahora, hubiera salido vivo del incendio, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿por qué ha esperado tanto tiempo para iniciar su venganza? El suceso se produjo hace más de dos años y, aunque debió de resultar gravemente herido, no creo que estuviese tanto tiempo convaleciente.

—Será cosa de preguntar en los hospitales y clínicas si por aquellas fechas atendieron a un hombre con graves quemaduras en la cara y, posiblemente también, con algunas fracturas de huesos. Se derrumbaron muros y sí algún fragmento pesado le cayó encima, pudo causarle lesiones distintas de las producidas por el fuego. También investigaré la actuación de los bomberos...

—En fin, que no dejarás dato por comprobar.

—Es preciso saber de forma definitiva si Mykers murió en el incendio o consiguió salvarse.

—Y si murió, ¿quién ha tomado su puesto y por qué?

—Ah, en tal caso, resultaría un enigma poco menos que indescifrable, Evelyn.

—Sí, creo que tienes razón —convino ella—. ¿Hablarás también con los socios supervivientes?

—Lo haré en cuanto me sea posible, excepto el día de mañana, a las siete de la tarde.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Me situaré cerca de la casa de Dundas. Imagínate con qué objeto.

—Estaré contigo, Doug —prometió la muchacha.

—No hay objeción —accedió Holliday.

* * *

El hombre, con unos auriculares puestos sobre la cabeza y un aparatito en las manos, recorrió minuciosamente todos los rincones de la casa. Examinó los menores detalles, sin olvidar, por supuesto, el cuarto de baño, en donde comprobó que no hubiera un contacto eléctrico en ninguna de las instalaciones.

Comprobó asimismo el gas y revisó los grifos, en busca de una posible conexión con la corriente eléctrica. Miró detrás de los cuadros y tanteó los que tenían el marco demasiado grueso, a fin de comprobar, según dijo, que no hubiese un explosivo preparado para deflagar a la hora mencionada por el autor de las amenazas.

Fue una revisión exhaustiva, de la que no escaparon ni siquiera los libros que el dueño de la casa tenía en una pequeña biblioteca. El experto examinó también los alimentos de la despensa y del frigorífico; comprobó el café, el azúcar, las galletas... También hizo pruebas con las distintas botellas de vinos y licores que Dundas tenía en el pequeño bar situado en la mesita.

El detector no pudo captar ningún eco sospechoso. También examinó las barras de las cortinas y hasta el mullido de los taburetes del bar. La tarea le llevó casi tres horas de intenso trabajo y, al terminar, se volvió hacia Dundas con la sonrisa en los labios.

—Puede estar seguro de que no le han puesto ninguna trampa, señor —dijo.

—Muchas gracias —respondió el dueño de la casa—. Diga a su

empresa que me envíe la factura por su trabajo y la abonaré inmediatamente.

—Así lo haré, señor.

El experto recogió todos sus aparatos, que colocó en un pequeño maletín rígido y se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a salir, recordó algo y se volvió hacia Dundas.

—Disculpe, señor; pero ¿tiene usted un revólver, por casualidad?

—Sí, claro...

—Permítame, por favor. Recuerde que al señor Batterson le taponaron el cañón del arma y ello fue la causa de su muerte. ¿Me deja el revólver?

—Claro —sonrió Dundas, a la vez que ponía el arma en manos del hombre.

El experto revisó el revólver minuciosamente, comprobando cada uno de los cartuchos y cerciorándose, al final, de que el cañón estuviese limpio y en perfectas condiciones para su uso, en caso necesario. Al terminar, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un tubito negro y de unos diez centímetros de largo, que colocó en el cañón del arma.

—Un comprobador de calibre —dijo, mientras lo enroscaba.

—Ah —murmuró Dundas.

El experto apretó el tubo. Luego apuntó a Dundas con el arma.

—Dije que morirías a las siete —sonrió perversamente, a la vez que apretaba el gatillo una vez—. Son exactamente las siete de la tarde.

Disparó dos veces más. El silenciador evitó el ruido. Dundas no tuvo tiempo de poner siquiera cara de sorpresa.

* * *

Un hombre salió de la casa con un maletín en la mano, subió a un coche y se alejó sin prisas.

—Ahí va el experto —dijo Holliday.

Evelyn levantó la vista hacia lo alto. Desde allí, podía divisar un par de ventanas iluminadas.

—Bueno, al menos, en esta ocasión, el asesino ha fallado en su pronóstico —contestó.

—Estando prevenido, a Dundas ya no le ocurrirá nada...

Ella consultó su reloj.

—Ya tenía que estar muerto. Son las siete y siete minutos, Doug. Holliday frunció el ceño.

—Si es así, ¿por qué el experto se ha marchado «después» de las siete? —exclamó. Una horrible sospecha invadió su ánimo. Saltó del coche, en que habían aguardado a prudente distancia del edificio, y echó a correr, seguido por la muchacha. El ascensor les pareció horriblemente lento, hasta que llegaron a la planta donde Dundas tenía su apartamento.

Holliday llamó varias veces, sin obtener respuesta. En el mismo instante, Evelyn oyó ruidos extraños en el fondo del corredor.

—Doug, allí sucede algo —indicó.

El aludido volvió la vista. El corredor hacía un recodo al final y, prudentemente, llegó a la esquina, para asomar un poco la cara. En el final del pasillo, se veía una puerta cerrada, de donde provenían unos golpes que sonaban con cierto ritmo periódico.

—Juraría que hay alguien encerrado allí —apuntó la muchacha.

Holliday se acercó a la puerta, de dos hojas, dándose cuenta de que era un armario trastero. Estaba cerrada con llave, pero la cerradura era muy sencilla y no le costó nada hacerla saltar con una navajita de varios usos que solía llevar constantemente en el bolsillo.

Al abrir, vio a un hombre sentado en medio de los trastos de limpieza, atado y amordazado. En los ojos del individuo se apreciaba una viva indignación por verse en aquella situación tan poco agradable.

Holliday se arrodilló y le quitó la mordaza en primer lugar.

—Menos mal —exclamó el sujeto—. Creí que nadie vendría a socorrerme.

—¿Quién es usted? —preguntó Holliday.

—Martin Burtmaier, técnico de la compañía de seguridad... Oiga, ¿usted qué diablos hace aquí?

—Perder el tiempo, supongo —contestó el joven amargamente, mientras cortaba las cuerdas que sujetaban a Burtmaier—. Le asaltaron, ¿verdad?

—Es fácil verlo, me parece —rezongó el sujeto con sarcástico acento—. Ocurrió en el ascensor. Nunca había visto a aquel tipo y me pareció un hombre decente, hasta que se arrojó sobre mí, me

atontó primero de un puñetazo y luego, creo, me puso un trapo con narcótico en la cara. Cuando desperté, estaba aquí, atado y amordazado...

Burtmaier se puso en pie, frotándose las muñecas.

—No sé qué explicaciones voy a dar a mis jefes —se lamentó—. He perdido un maletín con valiosos instrumentos y me lo harán pagar de mi bolsillo.

—¿A qué hora le asaltó ese hombre? —inquirió Holliday.

—Alrededor de las cuatro. He dormido mucho tiempo, porque apenas hace diez minutos que me desperté...

—Le contrataron para revisar el apartamento de un hombre que temía ser objeto de un atentado, ¿no es así?

—En efecto. ¿Le ha pasado algo?

—Temo lo peor, señor Burtmaier. Por favor, no se marche; creo que vamos a tener que avisar a la policía dentro de muy poco.

Holliday cambió una mirada con Evelyn y luego echó a correr hacia la puerta del apartamento de Dundas. Tanteó el pomo, pero estaba cerrada por dentro y se dijo que no debía molestarse en requisitos inútiles, por lo que cargó con el hombro y la cerradura saltó con gran estrépito.

Vaciló un poco para recobrar el equilibrio. Detrás de él, Evelyn lanzó un gemido.

—El asesino ha sido otra vez puntual —concretó Holliday, mientras contemplaba el inerte cuerpo de la víctima, cuyo pecho aparecía completamente manchado de sangre.

CAPÍTULO VII

—Fue puntual y muy listo —comentó Holliday al día siguiente, mientras almorzaba en compañía de Evelyn.

—Y, además, sabe disfrazarse —añadió ella.

—Es cierto. Nosotros vimos a un hombre corriente, que no tenía los hombros cargados ni caminaba dificultosamente.

—Lo cual quiere decir que la postura que adopta para desempeñar el papel de un hombre herido en un terrible incendio, es también un disfraz. He estado hablando esta mañana con el jefe del equipo de bomberos que combatió el incendio de la fábrica. No tiene la menor duda acerca de la muerte de Mykers.

—Doug, según tengo yo entendido, el fuego, cuando es muy intenso, puede consumir por completo el cuerpo de una persona. Sin embargo, hay partes que resisten; algún diente, un huesecillo... y, desde luego, los objetos de metal que pueda llevar consigo: una pluma, algún anillo, el reloj... ¿Es que no se encontró ninguno de estos objetos?

—He hablado de esto con el jefe de bomberos. Primero, como es lógico, se empleó gran cantidad de desagüe propio, con una depuradora de gran eficiencia, que era, además, revisada muy frecuentemente, no sólo por el personal empleado, sino por la sanidad municipal y los bomberos. El cuerpo de Mykers se calcinó y, convertido en minúsculas partículas, fue arrastrado por las aguas. En cuanto a objetos de metal... bueno, hubo gran cantidad de escombros y fueron retirados por palas mecánicas. Si no fueron arrastrados también por el agua, se mezclarían con las ruinas y ahora es absolutamente imposible dar con ellos.

—Se podría examinar esos escombros en donde los arrojasen...

—No; fueron utilizados para la construcción de un terraplén en

una carretera secundaria. Ahora, cualquier cosa de metal que Mykers pudiera llevar sobre sí, suponiendo que no fuese arrastrada por las aguas, está bajo millares de toneladas de tierra, grava y asfalto.

Evelyn hizo un gesto de resignación.

—Entonces, habrá que pensar en otra persona como el asesino de las siete en punto, ¿no te parece?

—Evidente, diría yo —sonrió Holliday.

—Sí, pero ¿quién, Doug?

—Yo tengo mucho trabajo y no podré hacerlo. ¿Por qué no visitas tú a alguno de los herederos?

—Dime un nombre, por favor.

—Elige tú misma. Quedan tres y tienes sus direcciones.

—De acuerdo. ¿Te llamo mañana?

—Por la tarde. He de ir a la biblioteca pública, para consultar unos datos. Evelyn, tengo que pensar en mi futuro. Si apruebo, ascendería a sargento. Un sueldo mejor y todo eso, ¿comprendes?

Ella le miró con simpatía.

—¿Te gusta tu profesión?

—Procuro adaptarme. Además, si asciendo, puedo tener muchas salidas en el cargo y no sólo investigando delitos, sino en una oficina, con un horario regular... y, por supuesto, sin tener que patear las calles. A ti también te gusta dibujar la naturaleza, ¿verdad? —Si publico el libro, me ofrecerán un puesto en la sección de Ciencias Naturales del colegio de Secundaria.

—Profesora, ¿eh? Con birrete y todo... Tus alumnos se volverán locos por ti... ¿Dices que tardarás un año en tener listo el libro?

—Ya debería estar trabajando, pero la abuelita me concedió una suma para que pudiera dedicarme al libro, sin necesidad de pasar apuros económicos. Ese dinero me llegará para un año y pico. Si no termino el libro, tendré que volver al empleo primitivo.

—¿En qué trabajabas? —quiso saber él.

—Ayudante del tercer ayudante del bibliotecario de la Universidad —rió ella—. Mucho trabajo, poco sueldo... pero llegaba para comer.

—En tal caso, ¿por qué no dejas este asunto?

—Puedo perder unas horas al día. Ahora estoy pasando a limpio unos apuntes que he tomado de distintas plantas. Luego tendré que

hacer una excursión al desierto, de un par de semanas; después, me iré a los bosques de coníferas del norte, pasando por el parque nacional Sequoia... En fin, ése es mi objetivo, que me permite sin problemas algunos días de retraso.

—Evelyn, eres una dibujante estupenda. ¿Sabes reproducir también los rostros de las personas?

—He hecho algunos retratos. Se parecen fielmente al original, pero no se pueden calificar de obras maestras.

—Para algunas cosas, la fidelidad es más que suficiente, Evelyn.

—¿Por ejemplo?

—¿Recuerdas la cara del hombre que vimos salir de casa de Dundas y al que creímos el experto en seguridad?

—Sí, bastante. ¿Quieres que haga un dibujo, Doug?

—Si te sientes capaz...

—Lo intentaré, aunque fue una visión muy fugaz y desde bastante distancia. No sé qué resultará, te lo digo sinceramente.

—Inténtalo, por favor.

—Haré lo que pueda. Y, a propósito, ¿cómo se enteró el asesino de que Dundas había contratado a un experto en seguridad?

Holliday hizo un gesto con las manos.

—Ése es un misterio que no me siento capaz de resolver por el momento —contestó.

* * *

Holliday llamó a la puerta y la dueña de la casa atisbó por la mirilla. Luego abrió con precaución, pero sin quitar la cadena. — ¿Quién es usted?— preguntó.

—¿Señora Nita Beckell?

—En efecto. ¿Qué desea?

—Se le envió una copia del testamento de Simón P. Reedle. ¿Lo recuerda?

—La tengo en casa, pero no creo que sirva para nada. ¿Quién es usted? Todavía no me ha dicho su nombre ni qué desea...

—Me llamo Douglas Holliday y soy policía, aunque no vengo en una misión oficial. —El joven enseñó su placa—. Sólo deseo hablar con usted en privado, señora Beckell —añadió.

—Está bien, pero le prevengo que tengo un arma y que sé

utilizarla —contestó ella, a la vez que soltaba la cadena—. Entre, señor Holliday.

La casa era elegante y su dueña andaba por los cuarenta, luchando visiblemente con la báscula. Todavía, sin embargo, resultaba muy atractiva, pero al joven, el pelo rabiosamente teñido le desagradó bastante.

Nita fue a una consola y, de una pitillera de oro, sacó un cigarrillo, que se puso en la boca con manos un tanto nerviosas.

—Dos de mis antiguos consocios han muerto —dijo—. Imagino que el asesino tratará de matarme a mí también; por eso procuro estar prevenida.

—Muy lógico, señora. El asesino se hace pasar por Mykers. ¿Lo sabía?

—Sí, desde luego.

—Pero se sabe positivamente que murió en el incendio de la fábrica.

—¿Y si resulta que está vivo?

—¿Tiene usted algunas dudas sobre su muerte?

Nita se pasó una mano por la frente.

—No sé qué pensar. Estoy aterrorizada, lo digo francamente. Dicen que Mykers nos culpa de su muerte, pero eso es absolutamente falso. Era un nombre de mucho genio y no soportaba las críticas. Cuando alguien le contradecía, se ponía hecho una furia. Sus nervios se alteraban, hasta el punto de que las manos le temblaban como si estuviese enfermo.

—Por lo visto, aquel día se produjo una discusión durante la reunión de los socios. Mykers, tengo entendido, se marchó muy irritado, porque le habían negado algo que pedía, ¿no es así?

—Hubo un momento en que yo creí que la iba a emprender a tiros con nosotros. Algo se le derramó en el laboratorio y se inflamó... Con aquellas manos, no se podía sostener nada delicado, créame.

—Comprendo. Pero todos los indicios, y permítame que insista, apuntan a que la muerte de Mykers es un hecho irrefutable.

—Bueno, en tal caso, ¿quién es el asesino?

—Señora Beckell, ¿es posible presumir que el testamento de Reed le tenga algo que ver con esos crímenes?

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—A usted la dejó, si no recuerdo mal, un doce por ciento de sus bienes.

Ella rió con fuerza.

—Un doce por ciento de aire —contestó desdeñosamente.

—Tengo entendido que, en cierta época, Reedle hizo desaparecer nada menos que cinco millones de dólares. Si ese dinero saliera a la luz, a usted le corresponderían seiscientos mil.

—¿Dónde están esos millones? Simón los derrochó estúpidamente... aunque, por fortuna para mí, sólo me pilló unos pocos miles, menos de diez. Cuando murió, sólo tenía la casita en que vivía y el viejo almacén que no quería vender a ningún precio. Y eso que le ofrecían una suma interesante.

—Ah, nunca quiso vender el almacén —se extrañó Holliday, procurando retener el detalle en la memoria.

—Así es. Incluso el comprador, antiguo amigo mío, quiso que yo intercediese cerca de Simón, pero éste se negó rotundamente a considerar nada sobre el asunto. El edificio no vale nada, pero el solar está situado en un buen lugar y hubiera podido conseguir fácilmente cincuenta mil dólares.

—Y él no quiso vender... a pesar de que estaba en la indigencia.

—Habría resuelto sus problemas económicos, pero no quiso.

—Está bien. Señora Beckell, ¿ha recibido una carta amenazadora?

—No, pero no me fío, señor Holliday.

—Hace bien. —El joven sacó una tarjeta de visita y la dejó encima de la consola—. Si necesita algo de mí, llámeme a cualquier hora.

Los ojos de Nita se entornaron, mientras contemplaba críticamente al mocetón que tenía frente a sí.

—¿Acudiría usted... a cualquier hora? —preguntó.

Holliday captó bien pronto el sentido de aquellas palabras.

—Si fuese necesario, sí, es decir, si se encuentra en un apuro...

—Una mujer viuda y sola, se encuentra a veces en apuros —dijo Nita sonriendo de un modo especial.

—No dejaré de tenerlo en cuenta, señora Beckell —se despidió el joven.

—He tenido mucho gusto en conocerle, señor Holliday. Me agradaría muchísimo volver a verle de nuevo.

—Sí, claro...

Holliday salió de la casa muy sofocado.

—¡Qué mujer! —masculló—. Debe de ser una devoradora de hombres...

Se acercó a su coche y se dispuso a abrir la portezuela. Entonces observó algo que le hizo sentirse muy preocupado.

Había cerrado con llave, estaba absolutamente seguro de ello. Pero ahora, el vástago que sobresalía de la parte inferior de la ventanilla, estaba alto, en posición de abierto.

Alguien había manipulado en su coche, mientras hablaba con Nita Beckell, dedujo en el acto. ¿Una trampa?

Con todos los sentidos alerta, procuró mirar a través del cristal, sin ver nada sospechoso. Pero no satisfecho todavía, dio la vuelta al automóvil y se situó en la ventanilla del otro lado.

Acercó la cara todo lo que pudo, a fin de eliminar los defectos de visión causados por el reflejo del cristal. Al cabo de unos segundos, divisó lo que parecía un brillante hilo de araña, que iba desde el tirador interior de la puerta a un lugar situado bajo el volante.

Con grandes precauciones y moviéndola muy despacio, abrió la portezuela derecha.

Agachándose, examinó el hilo de metal, que estaba atado a una anilla.

La anilla pertenecía a una granada de mano, sujeta con cinta adhesiva a la parte inferior del cuadro de mandos. La trampa resultaba así evidente.

El autor había abierto la portezuela con alguna llave falsa, no cabía duda. Pero si pudo abrir, no le fue posible cerrar para que bajase el vástago.

El cable estaba tenso. Un tirón a la puerta, al abrir, la anilla arrancada, el seguro de la bomba liberado y...

Un helado escalofrío recorrió su cuerpo. Podía haber muerto, se dijo.

Y ello significaba una cosa: el asesino conocía sus investigaciones y no le convenía que las rematase con éxito.

Utilizando las tijerillas de la navaja de varios usos y tras algunos esfuerzos, consiguió cortar el cable. Luego, con los dedos, tanteó la bomba, por si había una trampa secundaria que la hiciera explotar al despegarla. No la había, pero, por precaución, mantuvo sujeta la

palanca del seguro, hasta tener la seguridad de que no se produciría la explosión.

Al terminar, sacó un pañuelo y se limpió el abundante sudor que corría por su frente, incluso en regueros que llegaban hasta el cuello de su camisa.

Luego contempló la bomba y apretó las mandíbulas.

—¡Cómo me gustaría ponértela en...! —masculló, como si el asesino pudiera escucharle.

Luego miró hacia la casa de Nita Beckell. El asesino, indudablemente, le había seguido hasta allí y aprovechando los momentos en que hablaba con la mujer, para colocarle la bomba.

«Será preciso que me ande con cuidado en lo sucesivo», se dijo.

Y, para hacer más efectivos tales pensamientos, inspeccionó el coche con todo detenimiento, porque no quería dar el contacto y volar por los aires a causa de algunos cartuchos de dinamita conectados al arranque eléctrico del motor.

—Por hoy se ha contentado con una bomba de mano. ¿Y mañana?

De pronto se le ocurrió una idea.

—¿Y por qué no le preparo yo una trampa... para que él me prepare otra y así pillarle con las manos en la masa?

Tendría que buscar el método apropiado, aunque en aquel momento no se le ocurría ninguno.

* * *

Sonriendo con fingida perversidad, Holliday hizo saltar la bomba en la palma de la mano. Evelyn lanzó un chillido de pánico.

—¡Doug! ¡Tira eso inmediatamente!

—No temas. Está descargada. Completamente vacía, sin la carga explosiva ni el mecanismo detonador, si siquiera el fulminante.

Ella pareció sentirse muy aliviada al oír aquella respuesta.

—¿De dónde has sacado ese *souvenir*? —preguntó.

—Tú lo has definido perfectamente: un recuerdo, que el asesino me dejó en el coche y que no me ha explotado en las narices por milagro.

—¿Ha querido... matarte? —Se aterró la chica.

—Así es. Cuando salí de la casa de la señora Beckell, me di

cuenta de que, aunque cerrada, la portezuela de mi coche no lo estaba con llave, como la dejé al apearme. Entonces, me picó la curiosidad, miré... y me encontré esta pildorita conectada a un alambre atado al tirador de la portezuela. Si no me hubiera fijado en el de talle, al abrir, habría quitado el seguro y la granada habría estallado, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

—¡Dios mío! Estoy muerta de miedo —confesó Evelyn—. Pero ¿cómo supo que tú estabas...?

—Me siguió, no cabe la menor duda.

—Doug, ese hombre no tiene por qué saber que estamos investigando, ¿no te parece?

El rostro del detective expresó preocupación.

—En teoría, así debiera ser —contestó—. Pero ¿cómo lo ha averiguado?

—Será preciso que yo trate de investigar, a mi vez... bueno, quiero decir, los dos —rectificó Evelyn.

—A mí se me ha ocurrido la idea de tenderle una trampa. A estas horas, ya sabe que la bomba no ha explotado. ¿Por qué no darle la ocasión de que me ponga otra?

—¿Cómo, Doug?

—Dejaré el coche en la calle, frente a mi casa, y vigilaré, eso es todo.

—Necesitarás mucha paciencia...

Holliday sonrió.

—Instalaré un transmisor de radio, en un lugar discreto del coche, que emita una señal de alarma y sólo pueda ser captada por el receptor, que estará en mi casa. Apenas alguien intente manipular en el coche, el transmisor lanzará la señal, yo la recibiré... y atraparé al asesino.

—¡Una idea estupenda! —aprobó la chica, palmoteando—. Dime, ¿qué te ha contado la señora Beckell?

—Tengo la sensación, según he podido deducir, que los cinco misteriosos millones de dólares son la causa de este sangriento, asunto. Nita Beckell invirtió algún dinero en esa operación y lo perdió.

—Ellos lo negaron...

—Quizá les convenía callar, pero, de todos modos, todavía tengo que ver a dos: Amhurst y Pentecost.

—¿Cuándo, Doug?

Holliday consultó su reloj.

—Tengo algunos datos sobre esos dos hombres. Amhurst vive retirado, fuera de la ciudad. Pentecost tiene una oficina en el centro comercial. Iremos mañana a verle a primera hora y luego viajaremos hasta la residencia de Amhurst. ¿Qué te parece?

—Perfecto —aprobó la muchacha.

Holliday sonrió.

—Y ahora, encanto, ¿qué tal si me das algo de comer? Tengo un vicio: los sustos me dan un hambre terrible.

Ella se echó a reír.

—Apostaría algo a que cenaste como un bárbaro el día del asesinato de Reedle —dijo—. Me sirvieron un mulo. Empecé por las orejas y acabé por las patas traseras, con herraduras y todo.

—De acuerdo. Voy a ver si encuentro en el frigorífico medio buey o algo por el estilo.

Evelyn le contempló críticamente de la cabeza a los pies.

—La verdad, para conseguir energía en ese corpachón, se necesita comer mucho. ¿Te llega el sueldo para el capítulo de alimentación?

Holliday hizo un gesto con la mano.

—Así, así... —rió.

Ella echó a andar hacia la cocina, pero apenas habían transcurrido treinta segundos, regresó precipitadamente, con el temor reflejado en su hermoso rostro.

—¡Doug, hay un tipo manipulando en mi coche! —exclamó.

CAPÍTULO VIII

El desconocido acababa apenas de abrir la portezuela con una llave falsa, indudablemente, cuando oyó una voz a sus espaldas:

—Le estoy apuntando con una pistola, hermano. Un solo movimiento y le dejo seco en el sitio —amenazó Holliday con el más puro estilo truculento.

El hombre se atiesó en el acto.

—No dispare. Me rindo —contestó.

Al mismo tiempo, apoyaba las manos en el techo del coche, para reforzar sus palabras con el gesto. Holliday frunció el ceño, porque le pareció que el sujeto no tenía precisamente el aspecto de ser el asesino que anunciaba sus crímenes para días y horas determinadas.

Sin embargo, no convenía fiarse. El hombre vestía un raído impermeable, uno de cuyos bolsillos aparecía bastante abultado. De pronto, se dijo que la calle no era el mejor lugar para una conversación a fondo.

—Camine delante de mí. Entraremos en aquella casa —ordenó.

El sujeto obedeció. Atravesaron el jardincito y Evelyn abrió al verlos llegar.

—Has hecho una buena pesca, Doug —ponderó.

—Eso lo sabremos ahora —respondió él.

Colocó al hombre frente a una pared y le hizo apoyar las manos en ella, con los pies muy separados. Luego le registró cuidadosamente.

No llevaba armas y sí un rollo de billetes que, en junto, sumaban mil dólares. El bulto del bolsillo del impermeable estaba envuelto en papel y tenía el tamaño de una caja de puros, aunque era bastante más pesado.

—Bueno, ya puede sentarse allí —dijo al cabo de unos

momentos—. Ahora contestará a unas cuantas preguntas que le voy a formular, empezando por la que se refiere a su nombre.

—Benny Cox, señor.

—Me suena —murmuró Holliday.

—Usted me detuvo hace algunos años. Entonces llevaba barba. Me llaman *el Huesos*.

Holliday chasqueó los dedos.

—Claro, ahora recuerdo... Benny, tus asuntos marchaban entonces mucho mejor, según parece.

Cox hizo una mueca.

—La vida se está poniendo imposible —contestó—. Me ofrecieron este trabajo y acepté.

—¿Te refieres al paquete?

—Sí, señor.

—A ver, cuenta.

—Bueno, un tipo me abordó en la calle y me dijo que quería dar una sorpresa a una dama amiga suya. Yo tenía que dejar ese paquete en el coche, nada más. Eso es todo, señor Holliday.

—¿Y por esa sencilla operación te pagó mil dólares? —se extrañó el joven.

Cox se encogió de hombros.

—Hay tipos caprichosos —contestó.

—Sí, y también capaces de poner una bomba en un coche.

—¿Eh? —exclamó el hampón—. ¿Está hablando de una bomba?

Holliday señaló el paquete.

—Ahora mismo llamaré a los artificieros de la policía —contestó—. Pero antes tú me vas a describir al hombre que te pagó para que cometieras un asesinato.

Cox empezó a sudar.

—Le juro que yo no sabía nada... Nunca me pude imaginar... Señor Holliday, usted sabe que me repugna el derramamiento de sangre... Puedo ser un ladrón, pero honrado...

Bueno, quiero decir que jamás causaría el menor daño a nadie...

—Te creo, Benny —asintió el policía—. Pero habíamos quedado en que ibas a darme la descripción del tipo que te encargó colocar la bomba en el coche de la señorita McMairen.

—Bueno, tenía cicatrices en la cara... iba ladeado, caminaba con las puntas de los pies hacia adentro... Como si hace años hubiera

sufrido un terrible accidente y no se le hubiera podido curar del todo...

—¡El, Doug! —gritó Evelyn.

—Sí, el mismo —convino Holliday—. Pero es un disfraz —añadió ella.

—¿Cómo lo sabes, Evelyn?

—Primero, el hombre que mató a Dundas tenía un aspecto normal, según contó el experto en seguridad. No estaba cargado de hombros y caminaba sin dificultad. Segundo: he recordado algo muy importante y es que, cuando vino a robarme el testamento de Reedle, hubo un momento en que se olvidó de su papel de lisiado y caminó con paso normal. Luego, sí, volvió a poner los pies hacia adentro, pero eso abona mi tesis de que el aspecto que ha utilizado en ocasiones es un disfraz.

—Lo que confirma la teoría de la muerte de Mykers. No sobrevivió al incendio y alguien ha tomado su puesto para matar a los socios de Reedle. Pero ¿quién?

Los ojos de Holliday se volvieron hacia Cox.

—Te devolveré el dinero —dijo—. Puedes largarte.

Cox se puso en pie en el acto.

—Gracias, agente. Le aseguro que nunca olvidaré...

El experto en explosivos vino poco después. El paquete contenía, efectivamente, un libro, colocado en el interior de una caja adecuada a su tamaño, para que disimulara la curvatura del lomo.

El título del libro era altamente sugestivo: *La isla del tesoro*. Y contenía una nota, dirigida evidentemente a la muchacha y que ella leyó en voz alta:

«Esto es solamente un aviso, pero, sí persiste en meter su linda naricita donde no debe, puede encontrarse con algo mucho más desagradable, que le curará el vicio de la curiosidad para siempre».

Al terminar la lectura, Evelyn hizo una mueca:

—Me gustaría encontrar a ese tipo para darle un buen puñetazo en la nariz —barbotó rabiosamente.

—Acabaremos por dar con él —aseguró Holliday.

El artificiero se marchó y quedaron solos. Al cabo de unos momentos, Holliday sonrió. —Evelyn, ¿no dijiste antes que tenías medio buey en el frigorífico?— recordó a la muchacha.

* * *

Una elegante secretaria les hizo aguardar en una lujosa antesala, de muebles oscuros y espesa alfombra. Al cabo de casi media hora, les anunció que Pentecost iba a recibirles.

Adam Pentecost era un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien parecido, aunque de aspecto un tanto corriente y de estatura apenas superior a los ciento setenta y cinco centímetros.

—Siéntense, por favor —musitó, tras las oportunas presentaciones—. Díganme, ¿en qué puedo servirles?

—Señor Pentecost, le supongo enterado de la muerte de dos de sus antiguos consocios en la fábrica de productos químicos. ¿Qué puede decirnos sobre el particular? —preguntó el joven.

—Nada. Estoy tan ignorante de todo como los que investigan esos asesinatos.

—¿Cree que esas muertes tienen relación con el testamento de Reedle?

Pentecost volvió los ojos hacia la muchacha, que era quien acababa de formular la pregunta.

—Fue usted quien me envió una copia del testamento —indicó.

—Sí, en efecto.

—Reedle fue siempre un hombre un tanto excéntrico. Sólo a un tipo como él se le ocurriría dictar su testamento con una bala en el pecho y a punto de morir.

—Se habla de cinco millones de dólares, que Reedle hizo se desvanecieran sin que nadie los haya encontrado hasta ahora. ¿Sabe algo de ese asunto? —preguntó Holliday.

—Lo mismo que saben todos, es decir, nada.

—¿Le pidió a usted algún dinero para hacer una inversión fuera de otro asunto que no fuese el de la fábrica?

—Insinuó algo, pero yo no le hice caso. Con Reedle no quería tener más tratos que los referentes a la sociedad. Simplemente, no me fiaba de él y hay veces en que pienso que acaso fue Simón quien provocó el incendio.

—¿De veras? —se extrañó Holliday—. ¿Cómo, por favor?

Pentecost sonrió desdeñosamente.

—Yo no soy un experto, pero si quisiera pegar fuego a un edificio, podría hacerlo sin demasiados problemas. Reedle pudo haber instalado un explosivo, con un mecanismo de tiempo... precisamente el día en que sobrevino la discusión con Mykers, para que éste cargara con las culpas del incendio. Ustedes, sin duda, están enterados del carácter violento de Mykers y de sus reacciones poco menos que incontroladas cuando alguien le llevaba la contraria.

—Sí, lo sabemos —admitió el visitante.

—Claro que esto que digo no es más que una opinión, que no puedo apoyar con pruebas concretas. Pero si Mykers y Reedle están muertos, ¿quién puede ser el asesino?

—Para eso hemos venido a verle a usted, con el objeto de conseguir alguna pista que nos permita dar con ese sanguinario individuo.

Pentecost meneó la cabeza.

—Lo siento, ya les he dicho todo lo que sé —manifestó.

Holliday se puso en pie. El teléfono sonó en aquel momento. Pentecost lo cogió, escuchó unos momentos y luego dijo:

—Si, de acuerdo, iré inmediatamente. Nos veremos dentro de treinta minutos... —Colgó el auricular y miró sonriendo a sus visitantes—. Llevo unos días muy movidos y apenas paro en el despacho. Perdí bastante en aquel malhadado incendio y aún no me he recuperado por completo —añadió.

—Deseamos que se rehaga —expuso Holliday, sonriendo—. Y muchas gracias por todo. Holliday y Evelyn salieron del lujoso edificio donde Pentecost tenía sus oficinas. Ella parecía muy preocupada.

—¿Qué te pasa? —pregunté el joven al observar su actitud.

—Pentecost nos ha engañado —respondió ella.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Había oído hablar de algunos casos, pero no había visto ninguno hasta ahora. Algunos hombres de negocios se hacen dar un mensaje fingido por su secretaria, después de que haya pasado un cierto tiempo de conversación con el visitante. Otros, en cambio, recurren a un truco distinto.

—¿Por ejemplo?

—El interruptor situado en el suelo, conectado con el teléfono y que presionan a intervalos regulares con el pie. Se simula la llamada, se «contesta» diciendo que se acude inmediatamente a la cita y...

—¿Te parece que esperemos para ver si era sincero?

—Le he visto mover el pie como te he dicho, Doug.

—Muy bien, aguardaremos.

Pentecost, en efecto, salió poco después, tomó su coche y arrancó en el acto. Holliday se situó a prudente distancia para no ser advertido. Treinta minutos más tarde, le vieron detenerse ante un edificio en construcción, del que salió para recibirle un individuo tocado con casco, a quien Holliday supuso sería el encargado de la obra.

—Era sincero, Evelyn —apuntó.

—Tú no le oyes desde aquí. ¿Sabemos acaso si no ha hecho una visita por sorpresa?

Durante unos momentos, observaron a los dos hombres. Pentecost no parecía demasiado satisfecho. El hombre del casco se encogió de hombros una vez y luego hizo un gesto despectivo.

Al cabo de unos momentos, Pentecost dio media vuelta y se marchó.

—La obra no progresa, parece —opinó Holliday—. Por eso estaba tan enfadado. —Bien, pero eso no nos interesa por ahora. ¿No habíamos quedado en ir a hablar con Amhurst?

—Sí, es cierto —convino el agente, a la vez que ponía el coche nuevamente en movimiento.

* * *

Peter Paul Amhurst vivía en un paraje relativamente solitario, a poco menos de dos kilómetros de un conjunto residencial, en una casa aislada, pero con vistas excelentes. Al detener el coche, Holliday vio que todas las ventanas de lo que parecía una cabaña de recreo aparecían cerradas.

—¿Se habrá marchado? —apuntó.

—El garaje está abierto. Veo el coche —manifestó Evelyn.

En aquel lugar reinaba un silencio absoluto, sólo interrumpido a

veces por el tenue silbido del viento al pasar entre las hojas de los árboles. A Holliday aquel silencio se le antojó de mal agüero.

—Otra cosa —murmuró—. No hay perro.

—¿Es obligatorio, Doug?

—Si tú vivieras en una casa aislada, en el campo, ¿no tendrías un perro para sentirte más tranquila por las noches?

—Sí, es probable, pero tal vez a Amhurst no le gustan los canes.

—Bueno, pronto saldremos de dudas.

Avanzaron hacia la casa por el sendero que tenía un trazado oblicuo. Al acercarse un poco más, Evelyn vio algo que asomaba por la esquina opuesta.

—Mira, Doug —señaló en voz baja.

Holliday volvió los ojos hacia el lugar que ella le señalaba con la mano. Una especie de plumero negro asomaba por allí y, al verlo, sintió un fuerte estremecimiento.

—No te muevas —ordenó, a la vez que sacaba el revólver.

Había perro, pero estaba muerto, un hermoso pointer blanco y negro, en cuya boca se apreciaban síntomas indudables de envenenamiento. Holliday presintió entonces que ya no verían vivo a Amhurst.

El dueño de la casa estaba tendido sobre su lecho, vestido, con una mancha de sangre ya seca en la pechera de la camisa. Holliday observó el reloj de sobremesa, parado en las siete.

Junto a la cama, había un papel. Se inclinó para recogerlo y vio que se trataba de una carta como la que dos personas más habían recibido ya.

—Lo mató anoche, a las siete en punto —dijo.

—¿Y el perro? —preguntó Evelyn.

—Le echaría una bola de carne envenenada. Pudo hacerlo sin que Amhurst le viese, al llegar a la casa. Se la tiró al otro lado, y aunque el perro ladrara en un principio, no le haría mucho caso, por una razón muy sencilla.

—Explícate, por favor, Doug.

—Amhurst conocía a su asesino y no sospechó de él, hasta que le vio con un arma en la mano. Pero entonces ya era tarde —resumió Holliday.

CAPÍTULO IX

—A mi entender —expuso Holliday dos días más tarde—, la clave de todo no está en la muerte de Mykers, que es un pretexto para cometer los crímenes, sino en los cinco millones que Reedle escondió en alguna parte.

—¿Lo crees así? —preguntó Evelyn.

Holliday estaba sentado en una butaca. Ella, inclinada sobre el tablero de dibujo, se dedicaba a colorear las hojas de unos árboles que había reproducido del natural.

—No hay otra explicación. Por las razones que fueran, Reedle quiso hacerse pasar por pobre, tras la ruina causada por el incendio de la fábrica. Pero alguno sabía que hay cinco millones en algún sitio y trata de apoderarse de esa enorme suma de dinero.

—Para lo cual está dispuesto a asesinar a los cinco herederos.

—Exacto. Pentecost dijo que no había querido invertir nada en otro negocio, porque no se fiaba de Reedle, pero no tenemos medio de comprobarlo. En cambio, Nita Beckell sí admitió haberle prestado algunos miles de dólares...

El teléfono sonó de pronto. Holliday se levantó.

—¿Esperas alguna llamada, Evelyn?

—En todo caso, de mi editor —respondió ella—. Atiéndela, por favor.

Holliday levantó el aparato. Una voz femenina sonó de inmediato en sus oídos:

—Señor Holliday... Necesito hablar con él inmediatamente. Soy Nita Beckell.

—Hable, señora —contesto él.

—Ah, es usted... No sabe cuánto me alegro de haberle encontrado... He llamado varias veces a su casa...

—Le di también ese teléfono —recordó el joven.

—Es cierto, y celebro infinito que me esté escuchando. Tengo algo importante que decirle. He recibido una carta del asesino.

Holliday se puso rígido.

—Le... anuncia su muerte.

—Sí. Pasado mañana, a las siete en punto... Oh, Dios mío, tengo un miedo espantoso...

—No se preocupe, señora; voy a verla inmediatamente y le diré lo que debe hacer. Además, pienso estar con usted el día señalado, para evitarle daños. ¿Me ha comprendido?

—Oh, desde luego que sí. Muchísimas gracias. No sé cómo agradecerle su gesto... —Es mi obligación, señora— contestó el policía. —Un momento, por favor, quiero hacerle algunas preguntas.

—¿Sí, señor Holliday?

—Dijo usted haber invertido algún dinero en un negocio que Reedle le propuso. ¿Puede darme la cifra exacta y el beneficio que hubiera podido conseguir de su inversión?

—Treinta mil dólares. Él beneficio sería de veinte a uno.

—Es decir, seiscientos mil... justo el doce por ciento de cinco millones —murmuró Holliday pensativamente—. Está bien, muchas gracias, señora Beckell. Estaré en su casa lo antes que me sea posible.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Reedle le dejó en su testamento justo la cantidad prometida —indicó.

—Seiscientos mil dólares...

—El doce por ciento de cinco millones y el dos mil por ciento de la inversión inicial. Ella le dio treinta mil y él prometió que ganaría veinte por uno.

—No está nada mal. Entonces, los que iban a recibir el veintisiete por ciento... —Un millón trescientos cincuenta mil significa que invirtieron sesenta y siete mil quinientos.

—¿Y el del veintitrés por ciento?

—Cincuenta y siete mil quinientos.

—A Pentecost le correspondía el once por ciento. El niega haber dado dinero a Reedle, pero, suponiendo que mienta, ¿cuánto habría invertido?

—Menos que nadie, lógicamente: veintisiete mil quinientos dólares.

—Es decir, la inversión global asciende a...

—Un cuarto de millón. Por dicha cantidad, Reedle consiguió cinco millones y los escondió en alguna parte.

—Y ahora, si no aparece el testamento, los herederos habrán muerto y esa enorme suma quedará a la libre disposición del asesino.

—Todavía quedan dos herederos vivos, Evelyn.

Ella hizo un gesto de pesar.

—Presiento que también van a morir —murmuró lúgubremente.

* * *

La hora fatídica se aproximaba.

Nita Beckell estaba nerviosísima. En vano procuraba Holliday tranquilizarla.

Había revisado la casa minuciosamente dos veces, del tejado al sótano, sin encontrar nada sospechoso. Los alimentos habían sido probados y asimismo las bebidas, sin hallar trazas de veneno.

Un experto en explosivos había revisado la casa con un detector. El trabajo había resultado inútil.

Incluso la instalación eléctrica había sido examinada a conciencia, a fin de descubrir algún posible contacto oculto en alguna parte. Todo parecía en absoluta seguridad.

Y, sin embargo, Holliday presentía que el asesino acabaría por cumplir su promesa.

Los edificios cercanos estaban siendo vigilados, a fin de evitar que un tirador se instalase en algún lugar elevado, para disparar contra la dueña de la casa. Ya no había nada que hacer.

—Excepto esperar a que den las siete en punto —murmuró Holliday, sentado en el diván, frente a Nita, cuyo nerviosismo era patente en los continuos movimientos de pies y manos, incapaz en absoluto de dominarse.

La dueña de la casa arrojaba frecuentes miradas al artístico reloj de sobremesa, situado encima de una consola. Faltaban ya muy pocos minutos para la fatídica hora marcada por el asesino.

Holliday se levantó y se acercó a Nita.

—Venga aquí —indicó.

Ella obedeció dócilmente. Holliday situó una butaca en el ángulo más protegido de la sala y la hizo sentarse allí.

—Hay gente vigilando por todas partes —continuó, aunque ella ya lo sabía, pero con el solo objeto de tranquilizarla—. El asesino no podrá llegar sin ser visto. Nita pareció serenarse un tanto. Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—Ninguno de nosotros fuimos culpables del incendio —manifestó—. Al contrario, todos pedimos bastante, puesto que la compañía de seguros se negó a pagar la indemnización.

—Alguien se ha hecho pasar por Mykers y utiliza el truco psicológico de la hora en que murió, para reforzar la creencia de que sigue vivo —manifestó el detective—. Pero sabemos que no es así y acabaremos por descubrirle. Nosotros, los policías, podemos cometer cien errores; al asesino le basta con uno para perder la partida.

—¿Ha cometido él algún error?

Holliday hizo un gesto de duda.

—En todo caso, no hemos sabido apreciarlo —contestó.

Callaron de nuevo. Faltaban ya pocos segundos para la hora fatídica.

Dos pares de ojos se fijaron morbosamente en el segundero del reloj de sobremesa. Las manos de Nita se crisparon sobre los brazos del sillón.

La aguja parecía moverse con indescriptible lentitud, pero, irremediablemente, llegó a su destino. Entonces, siete suaves tañidos se expandieron por la sala.

Las últimas notas musicales se apagaron en un silencio total. De súbito, Nita se puso en pie y lanzó un grito de alegría.

—¡Han dado las siete y no me ha pasado nada! —exclamó, exultante—. Esto hay que celebrarlo, Doug.

Holliday sonrió.

—Un trago, en efecto, nos sentará bien —convino.

Nita se había levantado ya y caminaba hacia el mueble de los licores. Llenó dos copas y entregó una al joven. Tomó un par de sorbos y luego abrió una pitillera situada sobre la consola.

—Estaba rabiando por encender un cigarrillo, pero no me atrevía a mover una sola pestaña —manifestó.

La llama brotó del encendedor y ella la aplicó al extremo del cigarrillo, inhalando el humo con ansia. Dio un par de chupadas más y luego miró a Holliday con una sonrisa provocativa.

—Son las siete y dos minutos y no me ha ocurrido nada. Ahora, usted saldrá a ver a sus amigos y les dirá que pueden marcharse. Después, nos quedaremos solos para celebrarlo de una forma muy especial.

Holliday sonrió sin decir nada. Verdaderamente, no se podía negar que Nita era mujer con muchos atractivos.

Ella volvió a inhalar humo. Repentinamente, tosió.

Su cuerpo se agitó en un fuerte espasmo. El color huyó de su rostro.

—Doug... —llamó, entre tos y tos.

En la habitación se percibió de repente un extraño olor dulzón. A Holliday se le pusieron los pelos de punta.

¿De dónde procedía el olor a cianuro?

Nita tenía todavía en la mano el cigarrillo humeante, mientras se estremecía con terribles convulsiones.

—¡Tire el cigarrillo! —gritó Douglas.

A la dueña de la casa se le doblaban ya las rodillas. Holliday corrió hacia la ventana más próxima y la abrió de golpe.

—¡Una ambulancia! —pidió a voz en cuello—. Ella se muere...

Los policías que rodeaban la casa entraron instantáneamente en movimiento. Holliday se arrodilló al lado de Nita, cuyos ojos estaban ya vueltos hacia adentro. En sus labios se veía una espumilla gris, de repulsiva apariencia.

—Pero no puede ser... ¿Cómo diablos...?

El detective Marks entró en aquel momento, seguido por otros policías. Vio a Nita caída y se arrodilló también a su lado.

—La ambulancia llegará en seguida, Doc —aseguró.

—No creo que se salve —murmuró el joven—. Ha inhalado cianhídrico suficiente para matar a un caballo.

—Pero ¿qué diablos...?

Holliday señaló el cigarrillo caído en el suelo.

—Habrá que guardarlo para llevarlo al laboratorio. También la pitillera que está sobre la consola —advirtió. Marks consultó su reloj.

—Son las siete en punto —manifestó—. El asesino, ciertamente,

ha cumplido su promesa.

Holliday respingó.

—Eso no puede ser, Mike. Pasan casi tres minutos de las siete...

Marks alargó su muñeca izquierda.

—¿Quieres comprobarlo tú mismo?

Estupefacto, el joven vio que, en el reloj de su amigo, pasaban apenas veinte segundos de las siete. Miró también el suyo y comprobó que la coincidencia de la hora con el reloj de Marks era absoluta.

Las convulsiones que agitaban el cuerpo de Nita eran cada vez más débiles. Abrumado, Holliday volvió su mirada hacia el reloj de sobremesa, en el que ya eran las siete y tres minutos.

«El asesino ha sido infinitamente más listo que nosotros», pensó amargamente.

CAPÍTULO X

—Había cianuro en todos los cigarrillos de la pitillera —declaró Holliday al día siguiente, retrepado en el diván, mientras Evelyn, inclinada sobre su tablero de dibujo, le escuchaba atentamente.

—Pero ¿cómo no se fumó antes uno? Eso habría evitado su muerte a la hora señalada, ¿no te parece?

—Hay una explicación lógica. En primer lugar, el reloj estaba adelantado en casi tres minutos. Es muy bonito, artístico, de bronce, y resulta visible desde cualquier punto de la sala. No es un gran carillón como el que tenía Batterson en su casa, pero se hace notar inmediatamente.

—Sí, comprendo. ¿Y...?

—Teniendo un reloj así a la vista, nadie se fija en el propio, ni siquiera Nita, que llevaba uno de oro de pulsera. Bien, cuando dieron las siete y vio que no le había pasado nada, dijo que había que celebrarlo y preparó dos copas. La pitillera estaba detrás de la botella que ella destapó, con lo que quedó visible en el acto. Había una cigarrera en la mesa junto al diván, pero si tenía la otra a mano, era más lógico sacar un cigarrillo de la pitillera, y eso fue lo que hizo.

—El asesino, es preciso reconocerlo, es un gran psicólogo —observó Evelyn.

—Indudablemente —concordó él—. Con el reloj adelantado, sabía que Nita creería pasado el peligro. Tomaría una copa, encendería un cigarrillo... y en éste era donde estaba la muerte.

—Con cianuro.

—Había una pequeña cápsula en el interior del cigarrillo, con gas. Al quemarse la protección de plástico, lo que sucedió casi inmediatamente, el humo fue a parar directamente a sus pulmones.

Cuando notó algo extraño, ya era tarde.

—Lo cual significa que el asesino lo preparó hace mucho tiempo.

—Cierto —admitió Holliday—. Es más, creo que estuvo preparando los asesinatos desde hace meses. Cuando se decidió a actuar, lo hizo sin fallos.

—Sí, ya se ha cobrado cuatro víctimas. Oye, la cápsula con cianuro, ¿no te hace pensar en un químico? Mykers lo era, y bueno además.

—No sé qué decirte. Si damos por sentado que Mykers está muerto, como debe ser, el asesino es otro y posee la suficiente inteligencia como para preparar nada menos que seis u ocho cigarrillos, que son los que había en la pitillera de la consola. — ¿Era de ella?

—Sí, sobre eso no hay duda. Tenía sus iniciales en oro y brillantitos. La mujer que le hacía la casa a diario, la ha reconocido.

—Pero, Doug, vosotros revisasteis la casa a fondo. ¿Cómo es posible que no se os ocurriera que el peligro podía hallarse en la pitillera?

—Bueno, yo no revisé la consola, sino que lo hizo otro detective. Éste, sin duda, vio la pitillera e incluso comprobó su contenido. Pero, como te he dicho antes, estaba detrás de una botella y juzgó conveniente dejarla en el mismo sitio. Cada objeto que revisábamos, libros, cojines, utensilios de cocina, alimentos que no estaban en el frigorífico... todo, todo, quedó absolutamente en el sitio exacto en que lo encontrábamos. Era la forma mejor de evitar errores, lo que no nos ha impedido un fracaso rotundo.

—Tú no debes reprocharte nada, Doug —dijo Evelyn, mirándole con simpatía—. Hiciste cuanto estuvo en tu mano y no eres un superhombre para prevenir todas las posibilidades, sin fallo.

—Evelyn, hay algo que me preocupa profundamente —contestó él—. Nita murió por el cigarrillo envenenado. Pero lo preparó alguien que tenía, hasta cierto punto, un fácil acceso a su casa.

—¿Un amigo, quieres decir?

—Al menos, lo suficientemente conocido como para no sospechar de él, ¿no te parece?

—Creo que esto es evidente. A Amhurst también lo mató un conocido. No sospechó de él, porque no se observaron señales de lucha en la casa. Le mató quien menos lo esperaba —dijo la

muchacha.

—Sí, pero ¿qué me dices del perro? Si Amhurst le vio moverse en las convulsiones de la agonía causada por el veneno, sospecharía de él...

—No —contradijo Holliday con firmeza—. El perro murió después.

—¿Cómo? —Respingó Evelyn.

—Es bien sencillo. Nosotros llegamos muy entrada la mañana. Habían pasado ya más de doce horas desde la muerte de Amhurst; la autopsia lo ha demostrado. Si el perro hubiese quedado con vida, habría ladrado, lo cual hubiera llamado la atención de alguien.

—La casa estaba aislada...

—Por las noches, en el campo, los ladridos de un perro se oyen a gran distancia. Además, el asesino eliminaba también un posible testigo, aunque fuese irracional. El perro podría reconocerle... y acaso hasta mostrarse hostil, lo que habría dado lugar a sospechar de él.

—Como dije antes, es un gran psicólogo. No deja cabo por atar, ¿eh?

Holliday se puso en pie.

—Acabará por cometer un error —afirmó—. Sólo uno, y será suficiente para que le echemos el guante.

—Estoy deseándolo más que nadie —manifestó ella—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Douglas se encaminó hacia la puerta.

—Voy a hablar con Pentecost —declaró—. Te veré a la noche. Cenaremos juntos, si te parece.

—Con mucho gusto. —Evelyn sonrió deliciosamente—. Te acompañaría, pero no puedo, Doug.

—Tu trabajo es lo primero...

—No, no es eso. Estoy esperando a los operarios de la tienda de muebles. Van a cambiar el diván.

Holliday lanzó una mirada al mueble indicado.

—¿Qué tiene de malo ése? —se sorprendió, porque se hallaba en buen estado.

—No me lo preguntes a mí; es cosa del dueño de la casa. No es mía, sino alquilada, ¿comprendes? Ayer me llamó y dijo que hoy vendrían con otro diván. Bueno, si eso le gusta, ¿por qué se lo voy a

prohibir?

—Claro. Existe algo que se llama libertad de diván, ¿verdad? Los dos se echaron a reír.

De pronto, Evelyn se levantó, corrió hacia el joven y le besó fuertemente en la boca.

—Me has caído bien desde el primer día, Doug.

—Espero continuar mereciendo siempre tu aprecio —se despidió él.

* * *

Adam Pentecost se levantó, fue al mueble bar y destapó una botella.

—¿Quiere...? —invitó.

Holliday hizo un gesto negativo.

—No, gracias. Pero no se reprima por mi —dijo.

Pentecost tomó un largo trago. Puso más *whisky* en el vaso y regresó a su sillón, tras la mesa.

—Estoy un poco nervioso. Usted puede imaginarse fácilmente los motivos.

—Claro. A cualquiera, en su lugar, le pasarla lo mismo.

—Eramos seis. Sólo yo quedo vivo.

—Haremos todo lo que se pueda para que el asesino no consiga sus propósitos. —Si lo hace por los cinco millones, conmigo se equivoca— advirtió Pentecost. —Yo no invertí nada en el supuesto negocio de gran rendimiento de Reedle. No ganaría nada con mi muerte, creo.

—Reedle le dejó a usted el once por ciento de sus bienes. He consultado con abogados expertos en testamentarias. El testamento de Reedle es perfectamente válido. —Suponiendo que se encuentre el original y no haya sido destruido por el asesino.

—Usted tiene una fotocopia en su poder. La comparación de la huella dactilar fotocopada con la original, tomada a Reedle después de su muerte, es irrefutable. Dadas las circunstancias, cualquier tribunal de testamentarias aceptaría sin problemas sus derechos a la herencia.

Pentecost sacudió la cabeza.

—No es demasiado, de todas formas —objetó—. La casa apenas

vale diez mil dólares, más por el solar en sí que por el valor material del edificio. Y lo mismo sucede con el almacén viejo. El solar está tasado en cincuenta mil dólares. Bien, supongamos que se vende todo, sesenta mil dólares en total. Me corresponderían seis mil seiscientos.

—Para usted, seguramente, una fruslería —sonrió Holliday—. Para otros, una verdadera fortuna o una buena ayuda para solventar apuros económicos.

—Lo único que quiero es que se encuentre al asesino —exclamó Pentecost casi rabiosamente—. Daría mucho más que esos seis mil seiscientos dólares por encontrar a ese miserable...

—¿Le ha escrito ya, anunciándole la fecha y la hora de su muerte?

—Todavía no, pero, dadas las circunstancias, parece lógico esperar esa carta, ¿no cree?

—¿Quiere que le avise cuando la reciba?

—Se lo agradecería, señor Pentecost.

—Nita Beckell era una buena amiga mía —comentó el sujeto con aire melancólico—. Hubo un tiempo en que fuimos algo más que amigos, pero la cosa no siguió adelante, aunque la relación no se cortó del todo. Eramos de caracteres diferentes y no hubiéramos congeniado como marido y mujer. De todos modos, su muerte me ha afectado muchísimo, como puede imaginarse.

—¿Hacía mucho tiempo que no la veía? —preguntó Holliday.

—Sí, bastante. Pero nos telefoneábamos con cierta frecuencia...

El policía se puso en pie.

—Le agradezco infinito los minutos que me ha dedicado, robándolos a su tiempo —dijo.

Pentecost sonrió tristemente.

—A veces, cuando uno ve que pasan ciertas cosas, le entran ganas de dejarlo todo y marcharse a vivir al campo, libre de preocupaciones...

—Pero los negocios atan mucho, ¿verdad?

—Sí —suspiró Pentecost—. No siempre se puede hacer lo que uno quiere.

—Tómeselo con resignación, y recuerde: estaré a su disposición en cualquier momento del día o de la noche.

—Gracias, señor Holliday.

Éste abandonó el edificio, persuadido de que no había conseguido apenas nada. Pentecost no le había dado el menor detalle sobre el asesino.

¿Quién era aquel individuo que obraba tan astutamente y que, hasta el momento, no había dado la cara, salvo para escribir cuatro cartas amenazadoras y cumplir luego sus siniestras promesas?

Desde luego, Evelyn le había visto una vez, pero... ¿era aquél el auténtico Mykers? ¿Quién se ocultaba bajo un disfraz que le impedía ser reconocido?

* * *

Los empleados de la tienda de muebles levantaron el diván para sacarlo al exterior y entrar luego el nuevo. Al hacerlo, uno de ellos vio algo caído en el suelo, junto a la pared.

—Señorita, ¿eso de ahí es suyo?

Evelyn arrojó una mirada al lugar indicado y, en el acto, lanzó una exclamación de asombro.

—Sí, en efecto... ¡Dios mío, la cámara del fotógrafo mirón! —murmuró para sí.

Recogió el artefacto y lo examinó cuidadosamente. Estaba en perfectas condiciones. ¿Cómo había ido a parar al otro lado del diván?, se preguntó.

Aquel día, al llegar, había arrojado el bolso descuidadamente, excitada por los acontecimientos. El bolso se habría abierto y...

«No importa —se dijo—. El caso es que la he encontrado y eso es lo que interesa».

Conteniendo a duras penas su impaciencia, permaneció en la casa, hasta que los operarios hubieron terminado su tarea. Luego, rápidamente, se arregló y salió a la calle. A quinientos metros había una tienda de artículos fotográficos. Entró y pidió que sacaran el rollo y que revelaran las fotografías, positivando una copia de cada una de ellas. Luego hizo que cargaran la máquina nuevamente, recogió el *ticket* y emprendió el regreso a su casa.

Llamó a Holliday por teléfono, pero su amigo no contestó.

—Estará fuera —murmuró—. Lo veré a la hora de la cena.

Colgó el teléfono y, de repente, presintió que había alguien más en la casa.

Lentamente, se volvió. Procuró contener la calma, mientras contemplaba el rostro quemado del visitante y sus hombros ladeados.

—¿No tiene ya todo lo que buscaba? —preguntó.

El hombre señaló la cámara, situada encima de una mesita baja.

—Quiero eso —dijo.

Evelyn se retiró unos pasos.

—Llévesela —contestó.

El visitante avanzó hacia la mesita, se inclinó, abrió la cámara y extrajo el rollo, estirando la película por completo, hasta el final.

—Ahora está velada. Ya no podrá ver nada —advirtió.

—¿Cómo sabe que no he cambiado el rollo?

—Lo sé. Es suficiente.

El hombre se encaminó hacia la puerta.

—Siga dibujando. No se meta en líos —aconsejó antes de abandonar la casa.

«Me ha estado vigilando todo el tiempo, pero, sin duda, no se ha percatado de mi viaje a la tienda de artículos fotográficos», pensó ella.

Se acercó a la ventana, pero no pudo ver gran cosa, excepto un coche que arrancaba a unos cincuenta metros de distancia. La matrícula resultaba imposible de leer desde tan lejos.

El teléfono sonó en aquel momento. Evelyn corrió hacia el aparato y lo descolgó en el acto.

—Soy Doug —oyó una voz conocida.

—Te he llamado varias veces y no contestabas...

—¿Ocurre algo, Evelyn?

—Sí, pero preferiría contártelo en persona.

—Mira, ahora voy a la casa de Reedle. ¿Por qué no te reúnes allí conmigo?

—¿Has averiguado algo nuevo?

—No gran cosa, aunque he estado con el agente encargado de la venta de la casa de Reedle. Me lo indicó su abogado, Colquhart.

—Bien, iré allí inmediatamente. Tengo una buena noticia para ti, Doug. ¿Sabes que acabo de recibir la visita del asesino?

—¡Evelyn!

—No temas, no me ha causado el menor daño... pero ya te lo diré todo cuando estemos juntos.

—No tardes, por favor.

—Estaré allí antes de media hora —se despidió la muchacha.

CAPÍTULO XI

Evelyn detuvo su coche y contempló a Holliday, que se hallaba parado frente a la modesta casita de Reedle, con las manos a la espalda y en actitud meditabunda. Al cabo de unos momentos, se apeó, caminó unos cuantos pasos y se detuvo a su lado.

—¿Ves algo extraño, Doug?

Holliday sacudió la cabeza.

—No —contestó—. Sólo me preguntaba si esto vale diez mil dólares.

—¿La casa?

—Y el jardín, claro.

—Dijiste que has estado hablando con el agente de fincas.

—Sí, y me confirmó el precio, aunque también dijo que no está a la venta. Colquhart me lo recomendó, porque hizo algunas operaciones con Reedle, pero nunca le habló de esta casa ni del almacén viejo, excepto cuando compró éste.

—¿Para qué podía querer un caserón vacío? —se extrañó Evelyn.

—Tal vez para derribarlo y construir luego una casa más confortable... Creo que nunca lo sabremos.

—No seas pesimista —le apostrofó ella cariñosamente—. Pienso que algún día podremos descubrir el enigma...

—A propósito, dijiste que tenías que contarme algo interesante, incluida, supongo, la visita del asesino.

—En efecto, así es. Encontré la cámara de Wilkes.

Holliday se volvió vivamente.

—¡Cómo! Pero ¿no te la había robado el día en que se llevó el testamento? Exclamó, asombrado.

Evelyn sonreía maliciosamente.

—Se cayó detrás del diván, sin que yo me diera cuenta. Al retirarlo hoy para colocar el nuevo, uno de los operarios me lo hizo ver.

—¿Y...?

—El rollo de fotografías está ya siendo revelado. Esta misma tarde, tendré los positivos.

—¿Lo sabe el asesino?

Ella le guiñó un ojo.

—Al sacar un carrete nuevo que yo había puesto, lo veló. Luego se marchó tan satisfecho —explicó.

—Habías puesto un carrete nuevo...

—Sí. Se me ocurrió que podríamos tener necesidad de esa cámara. A fin de cuentas, el dueño no ha vuelto a reclamarla.

—Ni lo hará. Ayer, me dijeron, lo detuvieron por fin, acusado de un montón de cosas. Se había comprado otra cámara y seguía con sus vicios... En fin, más vale no preocuparse de un tipo tan repulsivo.

De pronto, una furgoneta se detuvo frente a la casa. Un hombre, con uniforme de trabajo y equipado con una caja de herramientas, se acercó a la pareja.

Hola —saludó cortésmente—. ¿Son ustedes los dueños de esta casa?

—Amigos del dueño solamente —contestó Holliday—. ¿Por qué lo pregunta?

—Vengo a cortar la luz. Hace meses que el dueño no paga las facturas.

—Oh... ¿Debía mucho? Si fuese así, yo podría pagar...

—Debe varios miles de dólares, señor. —El empleado meneó la cabeza—. No sé qué diablos emplearía en esa casa; ni que fuese una fábrica a pleno rendimiento. Con lo que debe a la compañía, podría gastar luz sin problemas durante un par de años.

El hombre avanzó hacia el edificio. Holliday y Evelyn cambiaron una mirada.

—Doug —murmuró ella—, ¿a qué se debe tan extraordinario con sumo de energía eléctrica? El empleado tiene razón; en esa casita tan modesta, no se puede gastar tanto.

Holliday meditó unos instantes. Luego, su mirada se dirigió hacia el sombrío caserón situado apenas a cincuenta metros.

De repente, presintió que allí estaba la solución. Su mano se crispó sobre el brazo de la muchacha.

—Evelyn —murmuró.

—¿Sí, Doug?

—Tenemos que entrar en el almacén viejo. No sé cómo lo vamos a conseguir, pero hemos de hacerlo, cueste lo que cueste.

La muchacha volvió su cabeza también hacia el almacén.

—Una puerta blindada, cubierta por otra de apariencia normal, las ventanas enrejadas, tapiadas con cemento... ¿Qué se esconde ahí, Doug?

—Sin lugar a dudas, algo que vale cinco millones de dólares —contestó el joven.

* * *

A media tarde y tras haber hablado por teléfono con el abogado de Reedle, Holliday localizó a cierto individuo, cuyo rostro le pareció vagamente conocido.

—Usted es Bill Clanghorne —dijo.

—Así me llamo, en efecto —admitió el interpelado.

—Soy Douglas Holliday. El señor Colquhart, abogado, a quien, sin duda ya conoce, me ha recomendado a usted, señor Clanghorne.

—Bien, en tal caso, ya me dirá lo que quiere, señor Holliday.

El joven había encontrado a Clanghorne en un bar, al que solía acudir todos los días, una vez terminada la tarea. Pensó que una copa podría dar buen resultado y pidió que sirvieran a Clanghorne lo que fuese de su gusto.

Luego dijo:

—Tengo entendido que, en tiempos, trabajó para Simón P. Reedle.

—Sí, en efecto. Solía hacerle algunas cosas, en la fábrica...

—Y en el solar y en la casa en que vivía hasta su muerte.

—También. Por cierto, hice allí un trabajo muy curioso.

—¿De veras, Bill? Si me permite que le llame así, claro.

—Por supuesto. Sin duda querrá saber lo que hice en el almacén viejo, ¿no es cierto?

Tapiar con cemento unas ventanas ya enrejadas y colocar una puerta blindada, capaz de resistir los impactos de cañón, aunque,

eso sí, cubierta por una puerta normal de madera. ¿Me equivoco?

—Acierta usted, pero eso no es todo. Yo hice otro trabajo, con algunos operarios, pero luego lo terminé personalmente, sin que me ayudase nadie más que el señor Reedle. Me pagó magníficamente, es cierto, y me pidió que fuese discreto, cosa que he hecho hasta ahora. Muerto él, ya no tiene sentido guardar silencio, me parece.

—En efecto —convino su interlocutor—. ¿Le han preguntado otras personas por esa clase de trabajos?

—Sí, desde luego.

Holliday meditó unos instantes. Luego volvió a hablar.

—Bill, por favor, ¿en qué consistió el trabajo especial?

—Una zanja, de cuatro metros de profundidad, por uno de anchura, que iba del almacén a la casa vieja. Luego la recubrimos con cemento, como un pequeño túnel y encima se echó tierra, a fin de que se pudiera sembrar césped y algunas plantas.

—De modo que el almacén y la casa están unidos por un... pasadizo secreto.

—Sí, señor, exactamente lo que ha dicho usted, señor Holliday: un pasadizo secreto.

—Que tiene, según presumo, entrada y salida; mejor dicho, dos puertas, una en cada edificio.

—Sí, señor.

—¿Quería esconder Reedle algo en el almacén?

Clanghorne se encogió de hombros.

—Eso ya no me lo dijo —contestó.

—Otra pregunta, por favor. ¿Dónde está la puerta que permite el acceso al pasadizo secreto? Me refiero a la casa vieja, naturalmente.

—Vaya al cuarto de baño, agarre el lavabo con ambas manos y dé un tirón seco, será suficiente.

—Muchas gracias, Bill. Y, para terminar, ¿quién más conoce la existencia de ese túnel, aparte de nosotros dos?

—El señor Pentecost. Es el propietario del edificio que hay en construcción en la calle Veintinueve. Yo soy el capataz, ¿sabe?

En aquel instante, Holliday recordó la precipitada salida de Pentecost de sus oficinas, el día en que había ido a visitarle con Evelyn, tras una supuesta llamada telefónica. La muchacha le había visto presionar con el pie un interruptor situado en el suelo, para hacer sonar el teléfono a su conveniencia.

Pero Pentecost había ido a la obra y le habían visto hablando con Clanghorne. Quizá la llamada había sido auténtica, se dijo.

Sonrió.

—¿Otra copa, Bill?

—¿Cómo no, señor Holliday? —aceptó Clanghorne encantado.

El joven pagó el gasto. Cuando se disponía a marcharse, Clanghorne hizo un gesto con la mano.

—Tenga cuidado, señor Holliday —advirtió.

—¿Por qué, Bill?

El señor Reedle hizo instalar en el almacén una trampa para posibles ladrones. Puede resultar mortífera.

Clanghorne explicó en qué consistía la trampa y el policía le prometió tener cuidado. Luego se marchó, porque tenía que hacer otra visita.

Tratábase de una mujer de mediana edad, que parecía terriblemente afectada por lo ocurrido la víspera.

—Pobre señora Beckell... Morir así, en la flor de la vida... —dijo la sirvienta de Nita—. Ya no era una niña, desde luego, pero a los cuarenta años, una mujer, hoy día, tiene derecho a esperarlo todo... menos una muerte espantosa, envenenada...

—Indudablemente, fue algo horrible, pero lo que nosotros buscamos es encontrar al asesino, señora Lingken. Si usted nos ayuda, claro.

—Con mucho gusto, señor Holliday. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Parece ser que el asesino conocía las costumbres de la casa, lo que indica podía ser amigo de la señora Beckell. ¿Puede decirme usted si recibió a alguna persona en los últimos días?

Flora Lingken se mordió los labios como para esforzarse en recordar. Al fin, alzó la cabeza y miró al policía.

—La última visita que recibió fue ayer por la mañana, señor —contestó.

—¿Persona conocida?

—Sí, señor, aunque ya hacía bastante tiempo que no se le veía por la casa. Me refiero al señor Pentecost, señor. El señor Pentecost y la señora mantuvieron un... bueno, un pequeño lío hace muchos meses, pero luego se separaron, aunque continuaron siendo amigos. Sin embargo, ya no se veían con la frecuencia de antes.

—¿Le extrañó la visita, señora Lingken?

—Sí, un poco. Sobre todo porque el señor Pentecost parecía muy nervioso, como si le afligiese algún problema. Mientras aguardaba a la señora, no hacía más que ir y venir por la sala... Yo, no es que le viese, porque estaba en la cocina, pero oía sus pasos casi constantemente...

—Ah, cuando llegó, la señora Beckell no estaba presente.

—Estaba en el baño, porque acababa de levantarse. Yo le pregunté al señor Pentecost si quería un poco de café, pero lo rechazó diciendo que sólo le faltaría eso, para que le explotasen los nervios... Lo que no he podido averiguar es qué le ocurría, aunque luego sí le oía a la señora decirle que se mantuviese sereno, que a él no le pasaría nada...

—Estaba amenazado también, como la señora Beckell —sonrió Holliday—. Ésa era la causa de su nerviosismo.

—Sí, seguramente. Pobre señor Pentecost... Si llegase a morir...

—Es un hombre resuelto y valeroso, y sabrá defenderse si es atacado por el asesino —afirmó Douglas solemnemente.

Minutos antes de las seis, Holliday se reunió con Evelyn.

—Vamos a casa de Reedle —dijo—. Tengo que enseñarte algo.

—Yo también a ti —contestó ella.

Y, abriendo el bolso, sacó una fotografía que puso en manos de Holliday.

—¿Eh, qué te parece, Doug?

Holliday contempló la fotografía largamente. Luego se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—No se puede negar; esta vez, Wilkes hizo un buen trabajo —manifestó con aire satisfecho.

CAPÍTULO XII

En la casa, al haber sido cortada la energía eléctrica, no había luz, pero Holliday se había provisto de una potente linterna eléctrica, con la que se alumbraron hasta llegar al cuarto de baño. Una vez allí, Holliday entregó la linterna a Evelyn.

—Aguarda un momento y verás —dijo.

Agarró el lavabo con ambas manos y tiró hacia sí. En el mismo instante, se oyó un seco chasquido y todo el panel del lavabo, con el espejo incluido, giró silenciosamente a un lado.

Evelyn lanzó un grito de sorpresa.

—¡Dios mío! Nunca me pude imaginar una cosa semejante —exclamó.

—El viejo Reedle tenía imaginación, ¿verdad? —sonrió Holliday.

—¿Quién te lo ha dicho, Doug?

—Clanghorne, el hombre que hizo el trabajo para Reedle y que ahora es capataz en el edificio en construcción que es propiedad de Pentecost. ¿No recuerdas que lo vimos hablando con un tipo que llevaba casco en la cabeza?

—Sí —repuso ella—. De modo que ese tal Clanghorne hizo un trabajo para Reedle... ¿con qué objeto?

—Ahora lo verás. Dame la linterna, por favor.

Holliday pasó al otro lado y se detuvo al borde de un pozo que se abría en el suelo. Por medio de la lámpara, vio la escalera de peldaños de hierro adosado a la pared y por la que descendió sin pérdida de tiempo.

Evelyn, terriblemente intrigada y, al mismo tiempo, muy excitada, porque presentía que, al fin, iba a conocer el secreto de Reedle, le siguió en el acto. El túnel estaba completamente a oscuras, aunque se veían hileras de lámpara en el techo. Holliday

avanzó lentamente, hasta llegar a otro pozo análogo al primero.

La cubierta era de hierro, sujeta por unos cerrojos que se abrían con una rueda, semejante a las utilizadas en las escotillas de los submarinos. Mientras ella le alumbraba, hizo girar la rueda y, al terminar, levantó la tapa de hierro.

Lo que había al otro lado estaba completamente a oscuras. Ayudó a subir a la muchacha y luego paseó la linterna por el interior del almacén.

De pronto, vio un interruptor y lo bajó. Unos potentes reflectores se encendieron en el acto, proporcionando así una brillante iluminación al recinto.

—Creí que habían cortado la corriente... —comentó Evelyn, sorprendida.

—Hay baterías para casos de emergencia. Pero, dime, ¿qué te parece todo esto?

La muchacha se sintió, más que estupefacta, abrumada por lo que estaba viendo. Era algo increíble, se dijo, absolutamente insospechado y, según calculó, valía mucho más de los cinco millones anunciados por el abogado Colquhart.

—Esto parece un sueño de riqueza...

Había valiosos cuadros de firmas famosas, estatuas, muebles antiguos, maravillosos tapices, objetos artísticos de singular factura... Holliday se acercó a uno de los cuadros y leyó la firma:

—Modigliani... Aquél, Picasso... Veo un Degas, un Rousseau... Ah, este pequeño Dalí vale una fortuna... Aquella estatuilla, si no me equivoco, es un Cellini...

Evelyn, pasmada, abrió una pequeña arqueta de marfil, incrustada de piedras preciosas, y lanzó un grito de admiración al ver los collares de perlas y diamantes que había en su interior.

—Pero, Doug, ¿de dónde sacó Reedle estos tesoros? —preguntó, creyendo todavía que estaba bajo el influjo de una pesadilla.

—Si usted lo quiere saber, yo se lo diré con mucho gusto, señorita McMairen —sonó de pronto una voz conocida de los dos jóvenes.

Un enorme sillón de orejeras giró silenciosamente a un lado y Pentecost apareció a la vista, sonriendo y con una pistola en la mano.

—A todos nos ha costado averiguar lo que el viejo Reedle había

guardado en el viejo almacén, pero nadie más que yo podrá disfrutar de todos estos tesoros —añadió, tras una corta pausa.

* * *

Holliday no pestañeó siquiera al verse frente a Pentecost.

—Para lo cual, no ha dudado en cometer cinco asesinatos, ya que hemos de contar, lógicamente, el de Reedle —dijo.

—Sí, pero ¿quién lo probará? Ustedes, no, porque no van a salir vivos de aquí. El túnel secreto es un buen lugar para la tumba de una pareja entrometida, ¿no le parece?

—¿Enterrará también en el túnel a Bill Clanghorne?

—Cualquier día sufrirá un accidente en la obra. A veces, nos vemos en las últimas plantas... y el edificio tendrá veintiocho.

—No está mal planeado. ¿Matará también a Flora Lingen?

Pentecost respingó, ligeramente sorprendido.

—¿Por qué menciona a esa mujer? —preguntó.

—Usted dijo que hacía mucho tiempo no veía a Nita Beckell. Estuvo a verla en la mañana de ayer.

—Se me pasó por alto. No lo recordaba...

—Quizá no le convenía, porque, mientras Nita estaba en el baño, usted puso los cigarrillos envenenados en la pitillera y adelantó casi tres minutos el reloj de sobremesa. Situó muy bien la pitillera, lo que demuestra que es usted un gran psicólogo, de modo que ella, cuando apartó la botella de *whisky*, la vio y, tal como había calculado, encendió un cigarrillo envenenado. Murió, lógicamente, a las siete en punto, la misma hora en que murió Mykers.

—Es usted muy inteligente, amigo mío —elogió Pentecost—. Sí, así fue como lo hice, pero ¿cómo llegó a saber que había algo en este viejo almacén?

—Cortaron la luz, porque había un débito de varios miles de dólares. No sólo los proyectores, sino el generador de ambiente, que funciona constantemente con un termostato, para mantener una temperatura y un grado de humedad escasamente variables, fueron la causa de una factura elevadísima, que Reedle no llegó a pagar. Eso nos hizo sospechar... investigarnos y aquí nos tiene.

—Debí haber pensado en ello, es cierto —admitió el asesino—.

Sí, lo que hay aquí es muy valioso y se debe conservar en un ambiente favorable. Reedle lo tenía para su exclusiva contemplación, después de haber adquirido estas riquezas a lo largo de muchos años.

—Pero, entonces, ¿dónde están los cinco millones desaparecidos? —se extrañó Evelyn.

Pentecost hizo un amplio gesto con la mano.

—En parte, aquí, y en parte también, para pagar los gastos de ciertos digamos transportistas que no sienten el menor interés en hacer pasar sus mercancías por la aduana. Eso cuesta caro, querida amiga.

—Y a ustedes les sacó dinero...

—Cantidades simbólicas, sólo para desviar nuestras posibles sospechas. Lo quería para él solo, sin que nadie más pudiera disfrutar de estos tesoros. Un tipo repugnantemente egoísta, ¿no les parece?

—A última hora, se sintió generoso y repartió sus bienes entre ustedes —recordó Holliday—. Claro que en la proporción correspondiente a las sumas prestadas.

—A mí me tocó un miserable once por ciento, pero, desde el primer momento, me hice el propósito de conseguir el ciento por ciento —declaró Pentecost.

—Para lo cual no dudó en asesinar a cinco personas y, a fin de que las investigaciones tomaran un camino erróneo, ideó la «resurrección» de Mykers. Incluso, en ocasiones, se disfrazaba como un hombre gravemente herido en un incendio y con quemaduras en el rostro.

—Una máscara de las que se usan en el cine, ¿verdad? Como en *Los crímenes del Museo de Cera* —intervino Evelyn—. Pero, a veces, se le olvidaba caminar dificultosamente, con los pies hacia adentro.

—Es usted muy observadora, señorita —sonrió Pentecost—. Sí, el truco sirvió para usted en dos ocasiones y también para Batterson.

—Cuando fue a visitarle bajo el nombre falso de Ernest York, el que dio a la Policía, después de la muerte de Batterson. También manipuló en su revólver, aprovechando alguna de las visitas que le hizo, con su verdadera apariencia —añadió Holliday—. A Dundas lo mató, haciéndose pasar por experto en seguridad y a Amhurst en su

propia cabaña, sin que éste sospechara, al visitarle, que se encontraba ante el verdadero asesino.

—Valía la pena, ¿no cree?

Holliday meneó la cabeza.

—¿Sólo por venir aquí de cuando en cuando a recrearse estos tesoros? —preguntó.

Pentecost soltó una risotada.

—Contemplar estos tesoros es absurdo —exclamó—. Lo que importa es su valor monetario; eso es lo que siempre he perseguido.

—Usted no estaba muy tranquilo, sabiendo que yo investigaba esos crímenes. Por eso me puso una bomba en el coche, ¿verdad?

—Un fallo lamentable, he de admitirlo —dijo Pentecost tranquilamente.

—¿Y el paquete que hizo dejar en mi coche? —inquirió Evelyn.

—Sólo quería darle un susto, señorita McMairen. Aunque, si las cosas hubieran sucedido de otra manera, también le tenía preparada una trampa auténtica.

—¡Cómo! —se extrañó la muchacha.

—El diván nuevo de su casa. ¿Sabía que me pertenece? Claro que no se la alquilé yo directamente, sino mi administrador...

—¿Una trampa? —repitió Holliday pensativamente—. ¿Qué clase de trampa?

—Una botella de gas venenoso, capaz de inundar este almacén y no dejar vivo a nadie.

Tiene un mecanismo de apertura, que puede ser accionado por una señal de radio... claro que ya iré a retirarlo en otro momento, para evitarme problemas.

Evelyn hizo un gesto de pesar.

—No debió haber cambiado el diván, señor Pentecost, porque, aunque nos mate, eso va a representar su perdición —advirtió.

El asesino arrugó el entrecejo.

—¿A qué se refiere, señorita McMairen?

Impasible, ella abrió el bolso y sacó una fotografía, que lanzó hacia su interlocutor.

—Usted también buscaba la cámara fotográfica; lo demostró, al velar un rollo sin utilizar. Yo había sacado ya el auténtico y lo llevé a un laboratorio. Una copia de esa fotografía está ya en el correo, camino de la Jefatura de Policía.

El rostro de Pentecost se demudó.

—Se le ve ahí claramente, en el parque, disparando contra Reedle —continuó la muchacha—. Puede que no le acusen de los otros crímenes, pero, inevitablemente, será juzgado por ese asesinato. Ni disfrutará de estos tesoros ni podrá venderlos, de modo que todo ese sangriento trabajo habrá resultado absolutamente inútil.

—Esa fotografía fue impresionada por un tipo que se dedicaba a espiar las parejas que retozaban en el parque. En primer plano, se ve a dos jóvenes desnudos, en una situación muy comprometida. Un poco más lejos, aparece usted, empuñando la pistola con la que dio muerte a Reedle. Buscarán el arma, la encontrarán y... ¿Se imagina el resto? —dijo Holliday.

La mano de Pentecost arrugó la cartulina impresa.

—¿Por qué no les maté desde un principio? —masculló, furioso—. Me habría evitado muchos quebraderos de cabeza, desde luego.

—Aunque ahora lo haga, ya no conseguirá escapar —amenazó el agente—. ¿Acaso me cree tan tonto como para haber venido aquí sin avisar a alguno de mis colegas?

—No podrán entrar aquí. No conocen el túnel...

—Lo saben —objetó Holliday, implacable.

Pentecost se levantó de súbito y empezó a retroceder hacia el portón blindado.

—Hay otra salida —sonrió.

Holliday permaneció callado. Sin dejar de sonreír, Pentecost se acercó a la pared y tanteó con la mano para hacer funcionar el mecanismo de apertura de la puerta blindada.

—Funciona por electricidad. Se conecta automáticamente a las baterías, en caso de un fallo de corriente. Podré escapar, no se preocupen.

Presionó el interruptor y el portón empezó a deslizarse a un lado. La falsa puerta de madera se abrió silenciosamente.

Pentecost dio un paso atrás. Súbitamente, el pesado portón blindado invirtió su movimiento de deslizamiento y se disparó hacia adelante con terrible potencia.

Se oyó un espantoso alarido. Pentecost no tuvo tiempo de escapar y el portón le aplastó contra la jamba. Su cuerpo explotó literalmente y su cabeza resultó horriblemente machacada por el

impacto de varias decenas de toneladas de metal.

Evelyn, horrorizada, volvió la cabeza a un lado para no contemplar aquel espantoso espectáculo. Holliday tragó saliva, mientras procuraba mantener la serenidad.

De pronto, consultó su reloj de pulsera. Meneó la cabeza.

—El asesino fue siempre puntual... hasta para su propia muerte —dijo, al ver que las manecillas del reloj marcaban las siete de la tarde.

* * *

Provisto de un enorme ramo de flores, Holliday llamó a la puerta y esperó a que Evelyn abriese. Ella se hizo visible momentos más tarde.

—¡Doug! ¡Qué alegría! —exclamó—. ¿Son para mí?

—¿Tienes aquí alguna tía?

—No, claro —contestó ella, desconcertada.

—Entonces, son para ti.

Evelyn se echó a reír.

—Parece como si quisieras celebrar algo —dijo.

—En efecto. He pasado el examen. Ya tengo el ascenso.

—No sabes cuánto me alegro...

—Lo celebraremos cenando juntos —propuso él.

—Acepto encantada.

—Pero es que, además, me gustaría celebrar también otra cosa.

—¿Qué, Doug?

Holliday se rascó la cabeza.

—Si estuvieran tus padres aquí...

—Viven en Montana. Tienen un rancho precioso.

—... Les pediría tu mano, para dar solemnidad al acto. Pero puesto que no están, te lo diré a ti... a la hora de la cena.

—¿Y ahora no? —rió ella.

—¿Qué vas a contestar?

—Hombre, imagínatelo.

—¿Sss... sí? —preguntó él con un hilo de voz.

Evelyn dejó las flores a un lado y se colgó de su cuello.

—Sí, tonto.

Holliday la besó y se sintió muy satisfecho.

Luego, de pronto, recordó algo.

—El diván...

—Ya se han llevado la botella de gas venenoso. —¡Uf, no sabes qué alivio siento!— exclamó él.

Evelyn se puso seria de pronto.

—Doug, ¿cómo pudo aquel miserable...?

—Se cegó por los tesoros de Reedles, eso es todo. Ahora, el Estado se encargará de todo. Creo que hay muchas cosas robadas y que serán devueltas a sus dueños, pero eso ya no es cosa mía.

—Comprendo. Doug, aquella horrible puerta...

—Tenía un mecanismo de doble acción, ideado por Reedles contra posibles ladrones. Pentecost sólo hizo funcionar la primera fase. Si hubiera hecho actuar la segunda, la puerta no habría regresado con tanta potencia.

—¿Te lo dijo Clanghorne?

El joven asintió.

—Pero siempre pensé que no regresaría tan violentamente, que el ladrón quedaría simplemente atrapado, sin posibilidad de escapar, sin sufrir graves daños.

Meneó la cabeza.

—En fin, más vale no pensar en ella —añadió, sonriendo.

—Sí, Doc, lo que tú digas —contestó ella.

Holliday meneó la cabeza.

—Apostaría algo a que has estado hablando con Mike Marks.

—Sí. Te llaman así, por tu apellido y la cierta coincidencia del nombre abreviado. «Doc Holliday», aquel famoso médico y pistolero del Salvaje Oeste, ¿no es así?

—No me hace mucha gracia, pero, claro, tampoco me voy a liar a tiros con todo el que me lo diga.

—Yo siempre te diré cosas mucho más agradables, Doug.

—¿Por ejemplo?

Evelyn sonrió y volvió a abrazarle. —Te quiero, Doug— suspiró.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.